# La Atalaya de Ulises

## Producciones del mismo autor

| | | |
|---|---|---|
| 1881. | Recuerdos de Europa y América..... | 2 tomos |
| 1895. | Breves apuntes sobre la Administración de Justicia y su Organización..... | 1 folleto |
| 1905. | De los Tribunales Colegiados | 1 » |
| 1912. | Estudio sobre Constitución Orgánica y Reglamentaria de la Justicia Civil y Criminal.. | 2 tomos |
| 1916. | Relación Oral de los procesos criminales..... ..... | 1 folleto |
| » | De la Institución del Jurado. | 1 » |
| 1917. | Práctica Forense..... | 1 » |
| 1918. | Urgente sanción de una ley. | 1 » |
| » | «Sueño Tártaro»..... | 1 » |
| » | «Carnet de un Filósofo de Antaño».. ..... ..... | 2 tomos |
| » | «Bocetos y Brochazos»..... | 1 tomo |
| 1920. | «Resonancias del Pasado».. | 1 » |
| 1921. | «Los Festines de Plutón».. | 1 » |
| 1922. | «¡Al Intostán y a la China!» | 1 » |

LICENCIADO PERALTA

# LA ATALAYA DE ULISES

PELÍCULAS CINEMATOGRÁFICAS
DE CUADROS VIVOS, CONMEMORATIVOS
DE ANÉCDOTAS Y EPISODIOS
PÚBLICOS Y PRIVADOS DEL SITIO GRANDE,
CON FIGURACIÓN DE PERSONAJES
ESPECTABLES EN LA VIDA POLÍTICA Y SOCIAL

❀ ❀ ❀

MONTEVIDEO
Imprenta y Casa Editorial "Renacimiento"
Librería "Mercurio" de Luis y Manuel Pérez
Calle 25 de Mayo 483
1922

# CARTA - PRÓLOGO

## DEL DOCTOR LUIS MELIÁN LAFINUR AL LICENCIADO PERALTA

---

Muy grato me ha sido imponerme de su última obra referente a los sucesos del llamado Sitio Grande que usted examina y comenta a la luz de sus recuerdos.

Yo debo felicitarlo doblemente, porque a su obra de escritor agrega usted la del ciudadano, que no tiene inconveniente en cumplir con el deber de expresar la verdad, pese a quien pese.

Dos épocas hay en nuestra historia, que han hecho las delicias de los que ocupan su tiempo en falsificar los anales del pasado: Comprenderá usted que me refiero a la glorificación de Artigas y a la llamada guerra de los nueve años.

Respecto del padre del caudillaje bárbaro en el Río de la Plata, lo primero que se pone en el haber de su renombre, es la

acción de Las Piedras que duró muchas horas siendo tan feliz el jefe vencedor, que sólo tuvo once muertos en tal descomunal batalla, lo cual no obsta a que el extraordinario éxito, haya merecido un monumento que no han alcanzado por razones de buen sentido, las grandes batallas que sellaron la independencia de América.

Por ese sin igual combate con bandera española y en pro de su amado Rey Fernando VII, comenzó en sentir de sus panegiristas la gloria del héroe rematada, con gran provecho para su país con sus treinta años de vida agreste en las selvas paraguayas, sin importársele un ardite de la tierra en que naciese y de las solicitaciones que le llegaron, para que cambiase su existencia de fiera por la de habitante de un país civilizado.

La glorificación de Artigas, sin embargo justo es decirlo, acaso no haya sido tan perjudicial como la de haberse establecido, que en la Guerra Grande se habían salvado dentro de los muros de la Nueva Troya, las libertades del Río de la Plata, de lo cual resultaba, que los ciudadanos del Cerrito eran todos sin excepción, unos réprobos y traidores que no tenían perdón de Dios ni del pueblo, que ultrajaban con sus maldades.

Pero se trataba simplemente de una conflagración en el Río de la Plata y de la que era víctima el pueblo uruguayo entero, representando una comedia de la que aprovechaban elementos extraños a la nacionalidad.

La situación de guerra civil en que se hallaba el país, era una farsa completa con caracteres ignominiosos, con sacrificios heroicos y con todo una mezcla de lo malo y de lo bueno, que se produce siempre en las situaciones caoticas cuando la mistificación y el engaño toman un carácter crónico, sin que nadie acierte a ponerle término o se le ponga, cuando el mal ha adquirido proporciones dolorosas.

Esa guerra de nueve años, pudo concluirse en breve tiempo, si el buen sentido y el patriotismo hubiesen prevalecido sobre la insensatez.

Usted, con sus reminiscencias, ha abierto los ojos al lector que sabe leer entre líneas, porque revela usted, que era un Sitio muy original aquel, que permitía a los habitantes de la ciudad asediada, ir cuando bien les convenía al campo de los sitiadores, haciendo lo propio los residentes en el Cerrito, cuando querían darse el lujo de visitar la ciudad asediada, todo lo cual provenía de que sit'a-

dores y sitiados estaban en el secreto, de que la ciudad jamás sería asaltada y que todo no pasaría, de que en los primeros tiempos del asedio hubiese uno que otro combate y algunas guerrillas, que en absoluto fueron abolidas en los últimos años de la guerra civil, cuando los hospitales de sangre se cerraban por no existir en ellos heridos.

Empieza usted su interesante narración diciendo, que el general Oribe acampó en el Cerrito con un ejército de quince mil hombres.

Me inclino a creer que esa cifra es exagerada y pienso que poniéndome a una investigación prolija me sería fácil demostrar, que dicha cifra está muy lejos de ser la exacta y verdadera.

Si ese número de soldados hubiese contado el ejército sitiador, no habría sido necesario hacer venir a Urquiza de Entre Ríos para que concluyese con la dominación de Rivera en la campaña; y de disponer Oribe del numeroso ejército que se le atribuye, la batalla de India Muerta no habría sido laurel para las sienes del caudillo entrerriano, si no triunfo de alguno de los generales de don Manuel Oribe, ya que no hubiese querido él mismo en persona darle una segunda lección al caudillo inepto, vencido algunos años antes en Arroyo Grande.

Pero la exageración en el cálculo del ejército sitiador, no es obra de usted, si no de aquellos, que queriendo magnificar la decisión de los defensores de la ciudad, que nunca fué atacada, se extasían ante la maravilla de un ejército de las tres armas numeroso y aguerrido, que jamás se atrevió a tentar el asalto de los muros de Montevideo, ante la seguridad sin duda de que sería rechazado.

Sea de ello lo que fuere, lo triste para mí, lo doloroso, es que a favor de los extravíos del pasado se siga en el presente, forjando una leyenda de odios, que ni los mismos actores en los pretéritos sucesos partidistas aceptaron como una fórmula definitiva.

El mismo general Pacheco que en 1850 sugestionaba a Dumas para que pusiera su nombre en un opúsculo titulado «Une nouvelle Troye», parecía ser otro hombre al anuncio de que una combinación feliz estaba por pacificar al país de su adopción y escribía desde París con entusiasmo, aplaudiendo el abrazo fraternal de 1851, expresándose sobre la unidad nacional en los términos más calurosos.

Entretanto, los que olvidan las angustias que la familia uruguaya en uno y otro campo pasó durante la larga guerra civil, toman

por punto de partida ese período calamitoso para renovar odios anacrónicos, que nadie sabe hasta donde nos llevarán.

En un folleto impreso en 1918 y que contiene un elogio del señor Héctor Villagrán Bustamante, se lee en un discurso preliminar del señor Washington Paullier, algo tan edificante como lo siguiente: «Es por eso que decíamos desde esta tribuna, que lo repito ahora y que en todas formas trataremos de llevar el convencimiento al seno popular de que la «Guerra Grande no ha terminado», que los hombres del Cerrito siguen siendo los hombres del Cerrito — y que nuestra colectividad debe seguir siendo también el Partido de la Defensa, hasta que, en último término, en lucha singular de Horacios y Curiacios, se resuelva quien rueda para siempre sobre la arena — y quien queda dueño del campo».

Estos benignos y modestos pronósticos de barbarie y futuras atrocidades, fueron aceptadas sin beneficio de inventario y los hizo suyos en toda la línea el propio señor Héctor Villagrán Bustamante; pero conceptuados apocalípticos y furibundos talès arrebatos, no pudieron contentar ni a tirios ni a troyanos; y un publicista del Partido Colorado, el dis-

tinguido y cultísimo escritor don Juan A. Zubillaga, fulminó con palabra firme y enérgica a los propangandistas de la crueldad y el exterminio fratricida, en una carta publicada en «La Tribuna Popular» del 26 de Mayo de 1918.

Una relación verídica, sin embargo, de los acontecimientos luctuosos que comienzan en 1843 para terminar en 1851, es posible que abatiese muchos juicios hiperbólicos, reduciendo los póstumos comentarios a las proporciones únicas que pueden tener.

Recuerdo, que usted en alguno de sus libros anteriores, puso sobre la pista a los hombres de buena fe cuando sobre este punto del poco encono entre sitiadores y sitiados, mencionaba usted con detalles el viaje de una abalandra que en determinado día de la semana partía desde el muelle de Gowland con pasajeros y rumbo hacia el puerto del Buceo de donde a día fijo, regresaba también con gentes que querían darse el lujo de pasear por la Capital; y de igual manera, que daba usted el nombre del patrón de la pequeña nave, relataba usted algunas aventuras del travieso Arturito transparente designación de un anciano que usted conoce y escribe hoy páginas delei-

tosas. El tal Arturito estudiaba en la Universidad de Montevideo, pero pasaba las vacaciones en el Cerrito, sin perjuicio de lo cual cuando a mediados del año sabía de algún baile en los dominios del sitiador, allí se trasladaba para rendir homenaje a Terpsícore.

Esas reminiscencias, que ya ponían en duda la seriedad del sitio de una capital en que se entraba y salía con relativa facilidad, han sido mayormente documentadas en su último atrayente estudio histórico.

Tiene indudablemente color aquella escena en el Ministerio de la Guerra cuando admirado el señor padre de usted de que se le exigiesen mil pesos por el pasaporte, el Oficial Mayor señor Freire lo tranquilizase con estas palabras: «... debo prevenirle, que para el caso de que usted volviese a Montevideo y saliese de nuevo para el campo enemigo, este mismo pasaporte le serviría hasta para dos viajes más».

Esta clase de diálogos revela seguramente, que si el Sitio de Montevideo tiene pocas analogías con el de Verdum en la última guerra colosal, tampoco presenta similitud con el más modesto de Paysandú en 1864, donde sin duda alguna era desconocido el

negocio de pasaportes para el campamento enemigo con el derecho de regreso y entrada como Pedro por su casa en la ciudad sitiada.

Me llevaría muy lejos el análisis de todos los detalles de un conflicto que no obstante la ruina que producía suministraba datos cómicos de la forma ligera con que se tomaba por los sitiados la situación que les creaba un enemigo que no ofrecía en realidad peligros que hicieran perder el buen humor.

Enumera usted el cúmulo de diversiones con que entretenían sus ocios los alegres vecinos que después de una expedición a la «Quinta de las Albahacas» podían solazarse con las grotescas contorsiones y canturrias de los negros en los candombes para rematar después el jolgorio con una noche de teatro para los más exigentes, o simple recreo de los más modestos en el gabinete óptico.

Lo que es el teatro, según usted lo indica, daba satisfacción a todos los gustos puesto que a las compañías líricas sucedían las dramáticas y en el receso de éstas hacían su agosto las falanges de acróbatas, sin perjuicio de que hubiese también compañías nacionales de aficionados que sustituían en

lo posible a las compañías extranjeras que por un motivo u otro cesaban en sus tareas artísticas.

Así, pues, habría usted podido mencionar a los actores improvisados que en 1845 pusieron en escena el drama de Don Francisco X. de Acha, titulado «Una víctima de Rosas», drama en prosa y verso en tres actos que causó un entusiasmo de tal magnitud que llegando hasta las esferas de la autoridad superior contagió al Ministro de Gobierno Don José de Bejar a tal extremo que este ilustrado funcionario dirigió al señor Acha una nota en que entre otras cosas se lee lo siguiente: «El Gobierno ha acordado que se haga a su costa, la impresión del referido drama, poniéndose en la Biblioteca Pública el original y un ejemplar impreso: y que se publique esta nota por los diarios; todo esto en muestras del aprecio que dispensa a la aplicación y al talento».

Aquí a diferencia del niño griego de Víctor Hugo, que contra el turco quería polvora y balas, el señor Ministro prefirió proteger la literatura uruguaya pagando la impresión del drama, lo que quiere decir que no había de ser mucho el gasto en balas y pólvora y otros elementos bélicos,

cuando había dinero para impresiones de carácter tan urgente en una ciudad sitiada, como la de publicar dramas!..

El señor Acha que era de esos acomodaticios que al son que les tocan bailan continuó su carrera de dramaturgo y siete años más tarde con su drama en cuatro actos «La Fusión» y que en la portada él llamaba «drama de circunstancias», adaptó su musa al abrazo fraternal de 1851, determinando con sus efusivas lágrimas de amor y confraternidad el mismo entusiasmo que antes produjera con sus anatemas contra la causa de Rosas y sus aliados.

El calor con que el Gobierno de la ciudad sitiada tomó las expansiones dramáticas de Acha contra Rosas, había tenido su precedente el año 1844, cuando el Instituto Histórico y Geográfico celebró las glorias del 25 de Mayo con una conferencia literaria en que tomaron parte los poetas Echeverría, Figueroa, Rivera Indarte, Domínguez, Mitre, Magariños Cervantes y Cantilo. Sus producciones se publicaron en un tomo que lleva por título «Cantos a Mayo». Es de notar que estas tertulias literarias patrocinadas por el Instituto Histórico y Geográfico de reciente creación entonces prueban que no

debía ser muy apurada la situación de una plaza en que se llevaban a cabo tareas literarias de todo punto incompatibles con las preocupaciones y apuros en que un Sitio real y efectivo pone a los habitantes de una ciudad sobre la que pesa la amenaza de un ataque. No lo temían sin duda alguna ni los que creían estar en el secreto de que el asalto no se verificaría, ni los que llegaban por distintos conductos y observaciones a presumir que la calma sería de duración no obstante una que otra guerrilla.

Además estaban en el caso de suponer que algo raro pasaba en una guerra civil en que hombres insospechables de fidelidad a su partido como los coroneles Venancio Flores y Francisco Tajes se permitían conferenciar con el general Oribe. Era esto de suyo sugerente máxime si, se agregaba que personas muy conocidas cuando bien lo juzgaban se iban al campo sitiador desde la ciudad como sucedió con Don José Antuña, Don Juan P. Caravia, Don Enrique de Arrascaeta, Don Lorenzo Justiniano Pérez, Don Santiago Botana, Don Pedro Díaz, Don Juan F. Giró y muchísimos otros

Podría darse como dato complementario de muchos de los antecedentes que usted

invoca, que de haberse tratado de un asedio formal y peligroso Montevideo sería la única ciudad sitiada en que se continuó la edificación, y sería muy fácil enumerar las construcciones que se llevaron a término desde 1843 a 1851.

Yo por mi parte puedo asegurar que la casa en que nací en 1850, ubicada en la calle Zabala entre Sarandí y Buenos Aires, se concluyó de construir en 1849 y fueron mis padres los primeros ocupantes.

En otro orden de ideas se extrañaría el movimiento de la prensa en la ciudad sitiada. Proporcionalmente a la población jamás se dió a la luz mayor número de hojas de publicidad que desde 1843 hasta 1852. Basta recordar que sucesivamente se imprimieron alrededor de cuarenta periódicos, algunos de existencia efímera; pero otros, especialmente los diarios prolongaron su publicación durante mucho tiempo. Libros y folletos se daban a la luz en castellano, inglés y francés y entre los periódicos se contaban algunos de amena literatura y otros de política en idioma extranjero.

¿Se concibe este movimiento de la Prensa en una ciudad en que el asedio fuese real y efectivo?

Sería esto tan absurdo como pretender que en una ciudad en tales condiciones cupiese la vida social normalmente llevada. Y sin embargo usted ha podido recordar en la misma línea que otras distracciones, aquel baile mensual que en noche fija y con crecida concurrencia organizaron durante años los jóvenes de las familias más conocidas.

Y de esas familias cabe aquí recordar que muchas de las que emigraron no fué precisamente por temor a la guerra si no por las exacciones que a sus Jefes de buena posición imponían Pacheco y Lamas. He oído contar verbigracia a persona que me merece crédito que el mismo Don Juan Francisco Giró que hubo de dejar a Montevideo después del segundo o tercer mes del Sitio, no se habría ausentado a no ser por la frecuencia con que se le obligó a descontar letras de Aduana.

Es un conjunto tan enorme de datos sobre la vida normal y la civilizada que se hacía en Montevideo, que la incompatibilidad de tal situación con las zozobras de una ciudad en peligro de ser atacada, resulta de una manera tan evidente que nadie podría explicarla sino por la seguridad con que se con-

taba de que era imposible una alteración en la vida tranquila que se llevaba.

Por otra parte las asociaciones políticas como la que tuvo por órgano en la prensa el periódico «La Nueva Era» daban la pauta de una situación de ánimo que si era compatible con la vida social y literaria, con la edificación y con el establecimiento de corporaciones como el Instituto de Instrucción Pública, la organización de la Universidad, el desvelo por instalar escuelas y muchas otras manifestaciones de cultura por el estilo, revelaba al mismo tiempo la seguridad que se tenía de que en esos desvelos civilizadores no se corría el peligro de que fuesen interrumpidos por los azares de la guerra.

Alguna vez se conocerán los secretos de los archivos y es posible que entonces se sepa con admiración de las generaciones actuales que Don Manuel Oribe estuvo en constante comunicación con muchos de los hombres más conspicuos de la Defensa civiles y militares que habían sido sus amigos antes de que él tomase servicio con Rosas y que después se olvidaron o quisieron perdonarle ese grave delito de lesa-patria.

En otro orden de ideas es sabido que el Jefe sitiador tenía agentes en la ciudad sitiada

que le servían a las mil maravillas. He tenido alguna vez ocasión de imponerme de una correspondencia de Bartolomé Bossi más conocido después por el naufragio del «América» que por cualquier otro motivo, y en cuya correspondencia de 1844 daba dicho Bossi a Don Manuel Oribe cuenta de los trabajos que estaba practicando para desorganizar la legión italiana. Bossi como tantos otros el día que le convino se fué sin dificultad alguna para el campo sitiador.

Al lado de todo esto se podría anotar la debilitación continua de los defensores de Montevideo cuyo número disminuía constantemente por la deserción que producía un efecto desastroso ya que no se contaba con reservas de ninguna clase para reemplazar los soldados que abandonaban las filas.

Tengo conocimiento de un archivo particular en que se encuentran legajos exclusivamente compuestos de los partes diarios pasados por los Jefes de la guarnición de Montevideo al Estado Mayor Generel y en cuyos partes se establecía con toda frecuencia el número de deserciones habidas, agregando algunos Jefes que los desertores habían sido dados de alta en los cuerpos del ejército sitiador.

Todo esto explica que en los últimos años del asedio, en Montevideo no había casi soldados y así fué que después de la paz de 1851, la división de mil ochocientos hombres con que hizo el Coronel César Díaz la campaña de Caseros, tenía por base principal los tres batallones de línea Uruguayos que en el Cerrito comandaban respectivamente Don Francisco Lasala, Don Marcos Rincón y Don Guillermo Muñoz, siendo de notar que con sus viejos soldados fueron algunos de los oficiales blancos de los mismos cuerpos y entre ellos como Teniente Don José Miguel Arredondo, más tarde General del ejército Argentino.

Usted pinta de mano maestra el júbilo con que el pueblo Uruguayo, aceptó la paz que hubo de celebrarse y anatematiza como se merece el crimen de Oribe que no quiso suscribirla porque Rosas no se lo permitió.

La abyección criminal de Oribe en ese momento y la insistencia de Rosas en prolongar una situación de guerra aparente, cosas son que yo lamento no hallar explicadas por usted en su libro; y porque eso echo de menos voy a dar a usted mi modo de pensar a este respecto.

Para comprender la humillación de Oribe

ante Rosas, hay que atender especialmente a su psicología. Oribe era un hombre orgulloso y ensimismado que cuando se encontraba en un conflicto lo resolvía de una manera personal sin tomar en cuenta consi deraciones de patriotismo ni de orden alguno. Habíale dado su palabra a Rosas de servirlo fielmente, de no contrariarlo jamás y a esos compromisos subordinaba todos los actos de su vida. Creía que entre faltar a su palabra de sumisión o servir los intereses de su patria modificando discretamente su promesa a Rosas debía optar por servirlo incondicionalmente. Fiel al juramento empeñado no quiso ni tomar a Montevideo ni hacer la paz, porque con una u otra determinación contrariaba las órdenes de Rosas.

Además hay que tomar en cuenta que Don Manuel Oribe no era solamente terco, sino también hombre de escasa inteligencia. En la definición que del partido blanco dió el Doctor Ambrosio Velazco, definición harto popular y conocida, la cabeza a que se refiere no es otra que la de Don Manuel Oribe, aunque la maledicencia después haya querido darle mayor latitud a las palabras del Doctor Velazco.

Por su parte el tirano Argentino había

tenido en cuenta dos razones fundamentales para prohibir que se tomase a Montevideo y para negar su asentimiento a la paz.

Esas dos razones son las siguientes: la primera, que se proponía arruinar a Montevideo en beneficio de Buenos Aires, como lo consiguió, porque las familias ricas que eran perseguidas por los exactores de la ciudad sitiada tuvieron que asilarse en la vecina capital; y lo propio efectuaron muchas de las familias que no se avenían con las incomodidades del campamento sitiador, aunque fuesen del partido de Oribe.

A la par de las familias emigraron comerciantes y capitalistas y Buenos Aires recibió así un refuerzo de prosperidad que contrastaba con la precaria situación en que quedó la República uruguaya con su capital indigente y su campaña asolada. La segunda razón que tuvo Rosas para no permitir la pacificación del país, ni por la toma de Montevideo, primero, ni por la paz después, fué porque suspicaz como era temió que Oribe en el gobierno de su país y sin enemigos al frente pudiera tener la veleidad de independizarse y hacer en 1843 lo que Urquiza llevó a cabo en 1851.

Esos son sin duda alguna los dos motivos

fundamentales de la política de Rosas hostil a que nuestro desgraciado país entrase en una era de progreso y de paz capaz de poner en jaque su tiranía, de producirse alguna alianza como la que sobrevino después y dió en tierra con él.

Sobre todas las cosas extrañas e incompatibles con un estado real y efectivo de guerra y que se producían en la ciudad sitiada, ha levantado recientemente una punta del velo que las oculta el doctor Eduardo Acevedo en el tomo III de su obra «Historia del Uruguay»; pero la lectura de ese libro induce a creer que el distinguido historiógrafo no ha querido hablar con toda la claridad que pueda inspirarle el cúmulo de antecedentes que ha estudiado.

Sucede con frecuencia entre nosotros y de ello es prueba la idolatría que en el país se tiene real o fingidamente por ciertos personajes siniestros, que no se equivocó Alberdi cuando dijo: «Toman la verdad como insulto. No quieren que sus próceres sean hombres, sino héroes y semi-dioses.

Me complazco en reconocer que usted no es de los que toman la verdad por insulto y que su conciencia debe estar satisfecha de la luz que usted acaba de hacer sobre

una época luctuosa de nuestro pasado y y que hoy mismo sirve todavía de punto de arranque para galvanizar pasiones y recuerdos que el tiempo debiera haber borrado.

De la acumulación de odios anacrónicos y de idolatrías absurdas lo que resulta es que carecemos de la unidad de pensamiento que es el orgullo de otros pueblos. Los partidos personales que viven de recuerdos sangrientos y ominosos se dividen hasta llegar al fratricidio mientras que en los países en que las opiniones difieren puramente en cuestiones de principios o en controversias accidentales la unidad patriótica, la aspiración común, el deseo de la felicidad colectiva en nada absolutamente se comprometen.

En los Estados Unidos hay un alma norteamericana que se estremeció al unísono cuando viera que el triunfo germánico comprometía la libertad del mundo y una idea sublime convirtió en ejército al pueblo más laborioso y pacífico de la tierra. Hay pues, un alma norteamericana.

Después de la abolición de la esclavitud y de constituirse la República, en el país vecino hay un alma brasileña.

Una vez que se disolvieron los partidos federal y unitario y que las querellas entre

Buenos Aires y Urquiza hallaron término, ha podido sin duda alguna decirse que hay un alma argentina.

Pero nosotros los uruguayos mientras vivamos aspirando la deletérea atmósfera de un lúgubre pasado, queriendo vivificar pasiones de otrora y recuerdos bochornosos, cuya resurrección nada justifica, estaremos en el caso de decir todo lo que se quiera, pero jamás podremos con verdad afirmar que existe un alma uruguaya.

Reitero a usted mis felicitaciones por su interesante obra y me declaro como siempre su afectísimo compañero y amigo,

*Luis Melián Lafinur.*

Julio de 1922.

# CAPÍTULO I

## Los Bandos Partidistas

**En donde se cree dar una idea perfecta de los graves errores y faltas con que aquéllos caracterizaron sus primeros actos de recíproca hostilidad en la línea de fuego y fuera de ella.**

### I

### La invasión

Es de notoriedad histórica, que el 16 de Febrero de 1843, el Brigadier General de la Nación, Don Manuel Oribe, a la cabeza de un ejército de quince mil hombres de las tres armas y argentinos en su mayoría, coronó la parte culminante del Cerrito de la Victoria, haciendo una salva de veintiún cañonazos, para concluir después por sentar allí sus reales, que habían de permanecer por casi nueve años.

Aquel militar, procedente de la Argentina y con la protección de don Juan Manuel de Rosas, había invadido el país animado del

propósito *real o supuesto*, de recuperar la posesión del alto cargo de Presidente de la República, el mismo que el 23 de Octubre de 1838 había renunciado indeclinablemente ante la H. Asamblea General, viniendo por el hecho a reemplazarle, el digno ciudadano Don Joaquín Suárez, como presidente del Senado.

Parece indudable, que si el designio de aquel jefe de las fuerzas invasoras, hubiera sido el de tomar la plaza, según los contemporáneos de aquella época, sin distinción de sitiados y sitiadores, hubiera podido hacerlo de inmediato, disponiendo como disponía de un ejército relativamente numeroso y aguerrido en las provincias argentinas de donde procedía, después de la campaña seguida contra el general Lavalle, aparte que de nada esencial carecía y cuando el ambiente en aquellos momentos, no podía serle más favorable.

Agréguese a esto, que la ciudad no ofrecía obstáculo alguno material al embate de las fuerzas sitiadoras, porque, ni había trincheras ni el número de fuerzas organizadas y bastantes para guardarlas y defenderlas.

Sin embargo, pasaron los días y las semanas sin señal alguna ostensible en aquel sen-

tido, y al fin, todo concluyó por iniciarse los primeros pasos para la formalización definitiva del sitio, que tanto había de costar al país.

A su vez, los sitiados como era natural se ocupaban de organizar la defensa de la plaza, que no tardó en afianzarse, al menos, en condiciones muy regulares, por el momento.

Por otra parte, la organización de las legiones Italiana y Francesa, que parecía haber sido provocada por el jefe sitiador, con aquellas palabras de su proclama: «vengo contra los que se encuentren con las armas en la mano y contra sus instigadores», fué de todas, la manifestación más elocuente y comprometedora.

No es mi propósito enumerar los hechos lamentables con que se inauguró semejante situación, pero sí diré, que durante ellos, se repitieron día a día hasta causar horror, entre otros, la *masacre* iniciada por los sitiadores en la quinta de Himonet, en las *Tres Cruces*, y en la capital, el fusilamiento del martillero público, Don Luis Baena y los atentados al derecho de propiedad.

Y apropósito de estos acontecimientos, que tan hondamente consternaron a la sociedad

de Montevideo y campo sitiador, vinieron a hacer triste complemento los partes oficiales, con los desastres que diariamente se producían en la línea de fuego, pereciendo muchos ciudadanos conocidos y más o menos vinculados a aquellas sociedades.

Como es de suponer, estos hechos en los principios del sitio, tenían forzosamente que impresionar a todos, creando situación excepcional en todo sentido para los que contaban en ambas filas con miembros allegados de familia.

## II

### Haciendo balance de faltas graves

Acontecimientos posteriores de este género y de otros, no menos graves, se desarrollaron durante la *vía-crucis* de los años que debía durar el sitio de Montevideo.

Se peleó en la primera época, en una forma poco humana; se sacrificaba a los heridos a título de despenarlos; se recurrió a las *minas*, utilizando para ello los edificios que por su situación en el campo neutral, ofrecían seguro éxito, y por estos medios a falta de los *gases asfixiantes* de la época presente,

se hacían *volar por los aires* a los que imprudentes, ocupaban aquéllos (1).

Se cometieron por ambos bandos, avances incalificables contra la seguridad personal de los ciudadanos y contra los derechos de propiedad de los mismos, como tendrá ocasión de verlo demostrado el lector en el curso de esta narración, y por último, se concluyó a mitad de la odisea, por cruzarse de brazos el invasor frente a la *Nueva Troya*, así titulada por Alejandro Dumas, y los *Troyanos*, por hacer otro tanto sirviendo así cada beligerante a sus respectivos designios o *compromisos* que me abstengo de calificar, pero que calificará el historiador, si tiene la virtud de colocarse a la altura de su misión.

No obstante, los muchos años transcurridos y casi la completa desaparición de los que podrían dar testimonio de los horrores de aquella guerra inaudita, hay todavía algunos que los recuerdan avergonzados.

El General Rivera, que contribuyó en 1835

(1) Recuerdo perfectamente, a pesar de los 72 años transcurridos, las ruinas de dos casas, a la aitura del camino 8 de Octubre, y la que ocupó hasta hace 40, la esquina 18 de Julio y Municipio siendo conocida esta última con el nombre de « la casa volada ».

al triunfo de su amigo y compadre como sucesor y como candidato a la segunda Presidencia de la República, fué el mismo, que contrariado por la marcha independiente de aquél durante su gobierno y llevado de su impaciencia, maquinó subrepticiamente primero y después a cara descubierta, hasta desalojarle del puesto que ocupaba, cuatro meses antes de vencido su período presidencial.

Entretanto, y ¡cuánto más habría valido esperar ese corto término, antes de provocar semejante perturbación al país y las consecuencias que ella podría aparejar!

A su vez Oribe, estacionado al frente de Montevideo, en casi completo reposo, frío e indiferente, dejando pasar los meses y los años, *sin herrar ni quitar el banco*, venía a formar *un dúo* con Rivera, destinado a empobrecer el país y sembrar la semilla que había de fructiferar con las enseñas de blancos y de colorados, que hasta hoy han conservado estos últimos en lo que les atañe, como una reliquia.

Aquella actitud del Jefe sitiador, no tuvo la aprobación de hombres importantes, que le habían acompañado con su opinión y su prestigio durante su gobierno, que fué, justo es decirlo, ejemplar y de reparación de mu-

chas de las irregularidades del que le precedió.

El mismo General Oribe, que sabía a qué atenerse sobre aquel particular había prescindido de su consejo y hasta de su relación, viniendo a quedar aquéllos en un relativo aislamiento, hasta la terminación del sittio.

En el año siguiente, muchos de aquellos hombres tuvieron figuración en el Cuerpo Legislativo y cuando, después del motín de dos años más tarde, se desarrollaron en las calles de Montevideo los escándalos que fueron largo complemento de aquel suceso, hasta el advenimiento al poder del ciudadano Don Bernardo P. Berro. Entonces, suscribiéndose a las virtudes del gobierno que hizo este ciudadano, él vino a ser el punto de apoyo y de unificación de las jóvenes generaciones, constituyendo así el Partido Nacionalista, desde la remota fecha de aquel cúmulo de calamidades producidas desde 1853 a 1860...

El conjunto pues, de los errores y faltas graves, que envuelven aquellos actos, cualesquiera que hayan sido el terreno y las circunstancias en que se produjeron, hace que al presente, los bandos partidarios de que vengo ocupándome, no tengan nada que enrostrarse.

El que no fué actor en unos actos, en otros, hizo gala de igual conducta y lo que no hizo uno durante el sitio grande, en la línea de fuego y ofuscado muchas veces por las pasiones de la época y embriaguez de la pelea, lo hizo el otro durante treinta y tantos años más tarde a sangre fría y a la faz del país entero, que no ha podido olvidarlo todavía. Y en cuanto al *modus vivendi* del segundo período del sitio, es justo reconocer, que la actitud de la plaza fué más lógica y correcta limitada a guardar sus trincheras, que la del general sitiador, que era a quien correspondía la ofensiva y que entretanto no pudo ser *más pasiva.*

El humano espíritu de conservación y la desidia y parsimonia calculada del sitiador, llenaron en más de una mitad del tiempo que duró el asedio, el famoso programa de los beligerantes y fueron aquellos casi los únicos factores de la resistencia de la plaza hasta la aparición del general Urquiza, que entre otras cosas, vino a poner término a aquel *simulacro*, durante cuyo período final, se consumieron más raciones en los cuarteles de Montevideo y el Cerrito de la Victoria que pólvora y metralla en la línea de fuego...

# CAPÍTULO II

## Philades y Orestes

**Que explica las buenas relaciones de dos jóvenes, a contar desde los primeros años del siglo pasado**

### I

### Detalles que lo confirman

Hacía mes y medio del fusilamiento del rematador Baena, cuando una mañana salía el General San Vicente de la casa habitación del coronel Posolo, que vivía en la Avenida 18 de Julio, acompañado del súbdito español y comerciante de esta plaza, Don Domingo González, avecindado en Montevideo desde 1804.

Al llegar a la esquina Andes, aquellas personas se encontraron con el Coronel Cermeño, ayudante del Ministro de la Guerra, el cual después de saludar a su superior y acompañante, le dijo a este último: hombre!... me evita usted llegar hasta su casa, adonde iba a dirigirme dentro de un momento.

—¿De qué se trata? — preguntó el aludido.

—No lo sé, pero el Señor Ministro ha dispuesto que se presente usted en su despacho hoy a las tres y media de la tarde.

—Muy bien, Coronel, me doy por advertido y a las tres y media estaré en el Ministerio.

. . . . . .

. . . . . .

Desde que el General Pacheco empezó a figurar, Don D. González que era contratista de vestuarios para el ejército hacía muchos años, mantuvo muy buena relación con aquel militar, pero, no tan buena ni tan íntima como la que le ligaba al General Rivera, de quien fué casi un hermano desde los primeros años de su llegada al país, y cuando ni él ni Rivera tenían más posición ni más representación que la que podían tener dos tan humildes jóvenes en los asuntos relacionados con la vida social.

Esta amistad, que como he dicho, databa de fecha tan remota, se mantuvo por largos años hasta que Rivera, ya un hombre, empezó a iniciarse en la carrera militar, actuando en distintos cargos hasta llegar, como llegó, nada menos que al desempeño de la primera presidencia constitucional de la República en 1831.

A pesar de esto, las entrevistas de los viejos y buenos amigos eran frecuentes y aún siguieron siéndolo después que bajó de la presidencia, para dar paso a don Manuel Oribe, pero desde que, se inició el sitio de Montevideo por este Jefe, Rivera salió a campaña y más tarde, las rencillas, desaveniencias y celos de Pacheco, le obligaron a emigrar al Brasil, en donde se mantuvo alejado por bastante tiempo.

En fin, vino la paz de Octubre y el golpe de Estado de Julio de 1853, y cuando González contaba con ver a su viejo amigo después de tan larga ausencia, éste, que había sido designado con los Generales Lavalleja y Flores para formar el gobierno provisorio, mientras el país se constituía de nuevo legalmente, vino a morir en el camino del Brasil a Montevideo, como es sabido, víctima de una grave dolencia.

La amistad de Rivera y la de Pacheco con González, no podían confundirse, porque aquélla era íntima y cordial y ésta, apenas llenaba las condiciones de una relación de buena inteligencia y circunscrita a los asuntos relacionados con el servicio público.

A propósito de la amistad con que se trataban ambos jóvenes, recuerdo en este mo-

mento haberle oído contar al Sr. González, que una tarde, el joven Rivera, se presentó en el registro de su amigo, sito en la calle de Cámaras y 25, local que ocupa actualmente el almacén del Japón, preguntando por su amigo.

Uno de los jóvenes dependientes de la casa que oyó su demanda, le dijo: Don Domingo no está en casa pero...

—Ah, gallego pícaro! interrumpió Rivera, dígale que lo ha hecho muy bien y que *cuando yo sea alcalde en mi tierra lo voy a embromar* .. (textual).

—Permítame... Don Fructuoso (1) agregó el dependiente, su amigo me recomendó que le dijese que lo esperaba en el teatro, para lo cual debía ir usted con vestuario de gala, pues que en igual traje iría él también.

Es de advertir, que ambos jóvenes eran, respectivamente, teniente y alférez en el cuerpo distinguido municipal, llamado de «Cívicos».

El joven Rivera se retiró con el tiempo

---

(1) Así le nombraban los jóvenes dependientes, por la frecuencia con que Rivera concurría al Registro y bromas que empleaba con ellos, casi tan jóvenes como él.

apenas necesario para comer y vestirse, a fin de poder estar en el teatro una hora después.

Cuando entró en él, su amigo se encontraba en vestuario de gala, esto es, de pantalón de casimir claro; frac azul con botones de metal amarillo; banda de seda punzó; una charretera sobre el hombro izquierdo; espadín de acero con vaina de cuero; sombrero armado y guantes blancos de hilo.

Estaba sentado en una luneta colocada al pie de uno de los postes que desde la platea parecían *sostener* el techo y cielo raso del Teatro y a su lado, en traje también de gala, se encontraba departiendo amablemente Doña Concepción de P., buena moza y señora de bellas prendas, a quien tanto él como el mismo Rivera, hacían arrumacos desde largo tiempo atrás, sin llegar ninguno de ellos a decidirse por la prenda, por más que ella mucho valía y mucho más prometía valer para el futuro.

## II

### Cazando en campo ajeno

Recuerdo también por referencia de la misma persona, otro episodio curioso en el que los dos jóvenes amigos se encontraron seriamente comprometidos en cierta ocasión.

En las primeras horas de la mañana de un bello día del mes de Mayo, salieron de la ciudad armados de carabinas, a falta de escopetas, dirigiéndose a la altura de la hoy calle Sierra, entre Miguelete y Estrella del Norte, con el objeto de cazar algunas perdices, que no faltaban por esa zona, allá en 1811.

El plan resultó falluto, pues esa mañana no lograron una sola perdiz, sino algunas bandadas de chorlos, que no llegaron a ofrecerles mayor interés, concluyendo por fastidiarse e invadir una extensa lonja de terreno abierto, precisamente el que, en parte, ocupa hoy la Cárcel Preventiva Correccional, en persecución de algunas palomas, que aparecieron en las orillas de dicho terreno.

Lo que menos pensaron los jóvenes amigos, fué en que se trataba de una fracción cultivada, y en cuanto a las palomas, que ellas fueren de propiedad particular.

Habían disparado las carabinas y muerto cinco palomas, cuando inmediatamente apareció un individuo por un costado, mostrando la mitad del cuerpo por encima de la superficie superior del sembrado, que al parecer consistía en cebada, trigo o avena que tanto da.

El hombre, con signos visibles de amenaza desapareció, pero fué para volver armado de un fusil en actitud hostil y en dirección a los cazadores. Entonces, en previsión de la intención que pudiera guiar sus pasos, el joven González que había cargado la suya, echola a la cara y apuntó al hombre del fusil, y tras lo que éste hizo, Rivera hizo otro tanto aunque con el arma vacía.

Ante tal actitud el desconocido se detuvo y arrojó a un lado el fusil, lo que obligó a los jóvenes a detenerse a su vez, a echar sus armas al hombro y marchar a su encuentro en actitud tranquila.

Al fin, a diez pasos de distancia se saludaron ceremoniosamente, y aunque el principio del diálogo que iniciaron fué un tanto áspero, al fin concluyó en recíprocas disculpas, que no excitaron en concederse en vista de que, si los jóvenes habían invadido la propiedad ajena, en el falso concepto de que

se trataba de un fundo abierto, su dueño no había procedido con prudencia al desaparecer tras los matorrales del terreno para aparecer armado de un fusil y en actitud amenazante.

Este señor se llamaba don Zenón Ferrer, de nacionalidad mahonés y a pesar de la diferencia de edad, llegó a ser un buen amigo de los jóvenes Rivera y González hasta algunos años más tarde, en que se ausentó para las Baleares con su familia.

## III

### Del General Rivera al General Rosas

El año de 1835, cuando el General Oribe hacía apenas seis meses que regía los destinos del país, el padre del Doctor X, fué llamado con urgencia por el ex Presidente Rivera, siendo las seis y media de la mañana.

Una hora después, aquél se presentó en la quinta de su amigo, camino hoy de 8 de Octubre.

—Te llamo, le dijo Rivera tendiéndole la mano, porque necesito hacerte portador de un pliego... Se trata de algo muy delicado...

Y como, sin duda, notó cierta extrañeza

en su semblante, agregó apresuradamente:

—No dés a mis palabras más valor e importancia que la que realmente tienen.

—Dime de lo que se trata...—dijo González.

—Disculpa, agregó Rivera, que no pueda decirte más que la mitad de lo que ocurre en el caso.

—Sabes bien que soy tu amigo, y que estoy a tus órdenes siempre que pueda servirte.

—Ya lo sé... y por eso es que, apropósito de tu viaje proyectado a Buenos Aires y del que hablabas la otra noche con Bernardina y Figueroa (1) se me ha ocurrido valerme de tu discreción, para que seas portador de un pliego para el General Rosas... Esto es cuanto puedo decirte...

—Muy bien, no pretendo quebrantar tu reserva, que buenas razones tendrás para observarla.

—¿Cuándo te vas?

—Sabes que voy con la familia, y esto me obliga a retardar aún dos días.

—No es mucho... Además creo que la go-

---

(1) Rivera aludía a su señora y al poeta Don Francisco Acuña de Figueroa.

leta «Fama» no sale antes... Por supuesto, que el pliego debes entregarlo en propia mano.

—Perfectamente...

—Y en defecto... esa entrega la harás a Don Prudencio Rosas, hermano del General... y no siendo así, regresas con el pliego.

—Entendido... Ah! olvidaba preguntarte si el pliego debe tener contestación...

—Por el momento, no puede tenerla...

—¿Así es que?...

—Tú no tienes otra comisión que entregar el pliego a una de las dos personas que te he nombrado, y traerlo, para el caso remoto de no poder hablar con alguna de ellas.

. . . . . .

Dos días después salió el Señor González para Buenos Aires, de donde regresó doce días después aprovechando la vuelta de la goleta «Fama», y comunicándole todo lo que podía interesarle, es decir, que el pliego había sido entregado en propia mano a Don Prudencio Rosas por ausencia accidental de su hermano, por los confines del Azul.

Nunca se habló de este asunto entre el General Rivera y su amigo, pero éste siempre abrigó la creencia de que el pliego de que fué portador en 1835, tenía relación con

la venida del General Lavalle a Montevideo y de la cual me ocupo en mi obra «Bocetos y Brochazos».

Se vé, pues, que la amistad íntima de los jóvenes Rivera y González había sido cultivada con absoluta fidelidad y consecuencia: ellos festejaban platónicamente a una misma dama, sin sacrificar por ello su buena inteligencia; cazaban en campo ajeno, abocaban a dúo sus espingardas al mahonés, Don Zenón Ferrer; habían llevado igual vestuario en el Cuerpo de Cívicos y en fin, comían en la misma mesa durante la mitad de cada año, después de dormir la otra mitad bajo el mismo techo

Y en cuanto a las susceptibilidades del Ministro de la Guerra, a que me he referido antes, hacía algún tiempo, que el señor González, notaba en él ciertas preocupaciones, apropósito de todo lo que se relacionaba con el General Rivera y con mayor razón, tratándose de sus adeptos a cualquier título, no encontrándose sus amigos en mejor condición.

Y es muy posible, que del siguiente capítulo, resulte prueba acabada de que no estoy equivocado, y que si no se trata en el caso de que me ocuparé, de una verdadera

prevención ú hostilidad, se trataba de un cálculo meditado para consumar una tentativa a título de las necesidades de la defensa, como tendrá ocasión de verlo el lector.

Muchas pruebas podrían darse de la conducta observada por el Ministro apropósito de aquel señor, en lo que se relacionaba con sus intereses particulares, pero es el caso, que su hostilidad se extendió además al Registro por mayor, que aquél, como socio capitalista tenía establecido con Don José Bustamante, desde algún tiempo antes del sitio.

Pero, no quiero anticipar las cosas y voy a ocuparme de la conferencia o entrevista, que tuvo lugar entre aquellas dos personas.

# CAPÍTULO III

**Que da cuenta de la organización militar de la plaza sitiada y de otras cosas**

## I

### Las Trincheras

A la vez que el grueso del ejército sitiador se instalaba en la falda Sud del Cerrito y sus alrededores, e inmediato al monte existente, y llamado entonces de los Olivos y a la casa-quinta del vasco Chopitea (1), en la plaza sitiada se hacían los trabajos preliminares para la delineación y construcción de trincheras, desde el extremo Norte al extremo Sud, siguiendo para ello la dirección que actualmente tiene la Avenida Rondeau.

Empezados ya los trabajos y bastante adelantados, para lo cual se trabajó día y noche

---

(1) Era este un hombre muy apreciable y apreciado por todos los que le conocían y trataban: jamás daba opinión sobre los puntos que se discutían en su presencia, limitándose a pronunciar con acento vasco y cuando terminado el debate y el silencio se restablecía, estas palabras: ¡con-ver-sa-ción!...

con inversión de los días festivos, pues las cosas no se ofrecían propicias para *Sábados ingleses* ni *Lunes criollos;* se instalaron *cantones* de trecho en trecho de la línea y a la altura de la calle Miguelete; y se construyó un sólido portón de madera reforzado por pernos de hierro. Este portón daba salida a la playa Norte, bañada por las aguas del río, las que, alternando con las bajas mareas ya dejaban a aquélla en seco, como horas después inundaban de nuevo sus orillas.

Además, esto se hizo necesario para precaverse contra cualquier intentona del enemigo y como la continuación de las trincheras que llegaron hasta el referido portón, no podía realizarse sobre el terreno movedizo e inconsistente de la playa sin entrar en erogaciones extraordinarias a las cuales no había con qué hacer frente, se resolvió clavar en una grande extensión de aquélla, millares de estacones de madera dura, que hacían imposible el tránsito, tanto a pie como a caballo.

Por último, en la parte Sud de las trincheras, se colocó otro portón de iguales dimensiones y construcción que el de la parte Norte, y más afuera de la línea de fortificación se construyeron varios reductos o for-

tines en dirección de la hoy calle de Sierra, con tres piezas de artillería cada uno, quedando así complementado el servicio de defensa y protegida ésta contra toda eventualidad en la lucha sangrienta que iba a iniciarse.

Estas obras produjeron una impresión desastrosa en el ánimo de la población, no obstante hallarse ya advertida por la organización militar que empezaba a toda prisa con porción de planes de tal trascendencia, como se verá más adelante, y que hacían presentir a los menos preocupados, horas de grandes decepciones y de tristes y lamentables acontecimientos.

## II

### Las Legiones Extranjeras

Se organizaban también los cuerpos de línea, compuestos de los ciudadanos que voluntariamente se habían presentado al servicio, así como con los enganchados y hombres de color, que en número relativamente crecido, se encontraban en la Capital.

Como estos últimos, casi en su totalidad, eran esclavos procedentes de Africa; sus

amos, que los habían adquirido a título de compra, destinándolos a trabajos domésticos y agrícolas, fuesen hombres o mujeres, desde los primeros momentos se vieron privados de sus servicios por la acción de las *levas*, que los tomaban en las calles, sin distinción de sexo ni edad.

Más tarde, apercibida la policía de que los patrones o amos los retenían en sus casas con prohibición de salir a la calle, los requerían en aquéllas con apremio y por último, mediante la ley sobre abolición de la esclavitud. Y si bien se declararon libres aquellosinfelices redimiéndolos de la tutela y dominio de sus amos, a los varones se les destinó desde entonces a jugar los azares de la guerra en la línea de fuego, con muy raras probabilidades de haber mejorado en el cambio.

Las Legiones Italiana y Francesa, una vez organizadas, vinieron a hacer el complemento del plan general en esta parte importante de los medios empleados para la defensa de la plaza. La escasez y dificultades en la vida diaria de la población, por la carestía de los alimentos y falta de recursos, hizo que las legiones de que me ocupo creciesen en unidades, pues de un núcleo limita-

do, vino a convertirse por escala gradual en dos batallones bastante numerosos en su personal.

El Coronel entonces, Don José Garibaldi y Don N. Anzani, eran los Jefes superiores de la Legión Italiana y el coronel Don N. Tibaut, el de la Legión Francesa.

Garibaldi, pasado algún tiempo, y como jefe superior de la escuadrilla que improvisó la defensa para contrarrestar en lo posible la acción agresiva del Almirante Brown, al servicio del General Argentino Don Juan Manuel de Rosas, servía de principal agente y principal actor en la defensa del puerto de Montevideo y de las aguas a que alcanzaba su jurisdicción. Esta actitud la asumió aquel jefe por el papel que en tal sentido tuvo desde un principio y por las afinidades que existían entre él y los hombres dirigentes de la defensa.

Durante algunos años, Garibaldi vivió con su familia en la calle 25 de Mayo, casa que actualmente, reedificada en parte, lleva el N.º 312; Tibaut en la calle Rincón N.º 742 y el Coronel o Mayor Anzani, con la Legión Italiana, en la esquina Sud-Oeste, formada por las calles Colonia y Andes, determinando un espacioso barracón que hoy aparece di-

vidido en solares poblados, pero con igual exterioridad en sus muros.

## III

### Una Carta de Garibaldi

A tres cuadras de mi casa de la calle Paysandú, hoy números 872 y 874, el batallón de Garibaldi y Anzani, me ofrecía la facilidad de pasar diariamente por el portón de entrada y salida del cuartel y presenciar muchos de sus ejercicios militares y hasta la de familiarizarme tiempo después, y tomar relación con algunos de los jóvenes enrolados en aquel cuerpo, pero, de mayor edad que yo, como el joven Alférez, Pedro Moreti, el soldado distinguido, Antonio Camblón y el pistón de la banda, Luis Sambucetti, quien con su constancia proverbial, puso todo su empeño para crearse una posición, como profesor distinguido en las orquestas de San Felipe y Solís, lo mismo que en la enseñanza de la música, por la cual sintió siempre marcada vocación.

Este apreciable joven era natural de Italia, y el Uruguay, su patria adoptiva, a la cual amaba casi como a la suya propia.

Fué allá, cuando niño, víctima de un acci-

dente, que le privó del sentido, con todas las apariencias de haberle producido la muerte, colocándosele en un ataúd para ser conducido al cementerio.

Felizmente, y a tiempo, volvió en sí del letargo en que había caído la víspera y desde entonces, pudo contar esta peripecia original, entre otras muchas de su vida laboriosa y accidentada.

Garibaldi dispensaba a Sambucetti especial estimación, cuando figuraba en la banda del cuerpo de línea, que aquél y Anzani comandaban, estimación, que a pesar de larga ausencia no se había debilitado, como lo prueba la siguiente carta, que original tengo a la vista, suscrita por aquel Ex-jefe de la defensa de Montevideo.

«Mío caro Sambucetti:

»Ho recebuto il foglio de la música de »y cacciatori del «Alpi». La manderó á »Teresita, per che me la facha udire quan- »do torneró di Caprera.

»Salutáteme y buoni amice di Montevideo, »terra hospidale y amica, do cui mi sovengo »sempre con intima satisfacione di piacere.

»G. Garibaldi, Turín 17 Abril de 1860».

Aquel hombre tan modesto como apreciable y que tanto se distinguió en la vida so-

cial por sus procederes correctos y generosos sentimientos, llegó a ser uno de mis más íntimos y estimados amigos, desde 1865 a 1914, año en que falleció en esta capital, en donde fué bien conocido y estimado.

Los distinguidos profesores Don Francisco, Don Luis y Don Juan José, que han tenido brillante actuación en Montevideo desde hace muchos años, son sus hijos.

En cuanto a los no menos distinguidos profesores, algunos enrolados en aquel cuerpo de línea, señores Garabelli, Pío Giribaldi y Scremini, sus hijos, honran al presente la memoria de sus padres, en la respectiva actuación que les distingue; el primero como abogado y Ministro Plenipotenciario de nuestro país en Alemania; el segundo como Médico y ex Ministro de Relaciones Exteriores durante la presidencia del ciudadano Doctor Don Claudio Williman y el último como Médico Cirujano, con actuación entre los más distinguidos facultativos del país.

# IV

## Alrededor de la Legión Italiana

He dicho antes, y si no lo he dicho lo diré ahora, que la Legión Italiana se hallaba ubicada en la esquina de las calles Colonia y Andes, esto es, haciendo cruz con el nuevo bazar al Nord-Este sobre estas mismas calles.

Es de advertir, que aquel edificio, no sufrió desde entonces hasta nuestros días modificación, alguna de importancia pues el de hoy, es el mismo de antaño con los muros que forman su perímetro, salvo pequeñas modificaciones, con la abertura y clausura de varias puertas y ventanas, siendo la principal la supresión del gran portón situado en el ángulo esquinero, y que daba entrada y salida a la tropa.

El batallón salía del expresado cuartel por las mañanas y formando línea en la calle Andes, evolucionaba durante una hora, extendiéndose alguna vez hasta trasponer las casillas de madera que se encontraban de trecho en trecho, desde la mitad de la cuadra hasta la Avenida 18 de Julio.

Después de media hora de ejercicio, ya en la calle Andes y Colonia, según dejo dicho, o en el interior del cuartel, que era bastante amplio, se daba puerta libre a la compañía que estaba franca y el resto del batallón, entraba o pasaba a ocupar las cuadras si el ejercicio de esa mañana, había tenido lugar en el interior del expresado cuartel.

Y esto día a día y todas las semanas se repetía, salvo cuando el cuerpo se encontraba de servicio en la línea durante las 24 horas de ordenanza.

En el local, que ocupa hoy el ángulo Noroeste del Casino, titulado Teatro Artigas; había una fonda en cuya pared o muro del fondo se encontraba estampada una figura representando al entonces Coronel Garibaldi, de poncho punzó, pañuelo de seda verde terciado sobre el pecho y los hombros.

Su cabellera y barba rubias y ojos celestes, armonizaban con su tez blanca y rosada, a estar a lo que podía traducirse de los detalles del cuadro, que se me ofrecía a la vista y con los cuales, me encontraba familiarizado desde los diez años de edad.

Nunca pude llegar a verificar la exactitud de esos detalles con el original de aquel

hombre, destinado a figurar, como figuró en los trascendentales acontecimientos de su país, con especialidad, cuando terminó la influencia protectora de Napoleón III en el Vaticano, pues nunca se me ofreció la oportunidad de ver el original.

La fonda a que me refiero, era muy concurrida por los legionarios italianos y otras personas sin ser legionarios ni italianos, pero que tenían costumbre de frecuentarla diariamente.

Anzani, el segundo Jefe de la Legión, era hombre de mediana estatura, delgado, muy blanco y rosado y cuyos cabellos y barba castaña, hacía contraste con la de Garibaldi, a juzgar por el retrato o figura que durante años largos y hasta que aquel soldado se ausentó para Europa, se conservó en el muro de la fonda de la calle Andes y Colonia.

## V

### La Murra

Una de aquellas mañanas en que la Legión evolucionaba militarmente, un señor Arreses, que vino recomendado desde España a mi finado padre y que con su pro-

tección llégó a dar sus pruebas de suficiencia para ejercer la medicina en Montevideo, se aproximó a mí y en tono de broma me dijo: ¡hola!... ¿tú por aquí, tan temprano, muchacho?...

— Ya lo ve usted, contestéle... estaba entretenido en ver quién ganaba este partido a la murra...

— Mira, Arturito, no pierdas tu tiempo y vámonos que van a dar las diez y ya es llegada la hora de almorzar.

Olvidaba decir que el señor Arreses, en virtud de la recomendación de que fué portador desde España, almorzaba, comía y dormía en nuestra casa.

Entretanto, mientras duró esta corta escena a la puerta de la fonda, se oía la voz de los que luchaban por el triunfo en la contienda en que estaban empeñados: ¡quatro!... ¡tre! ¡cinqüe!... ¡tre! Y en medio de estos quatro, tre, cinqüe y tre, se oían ternos, maldiciones y otras flores por el estilo y así continuaron, hasta que una disputa acalorada se inició entre los contrincantes, en la cual intervinieron varios de los testigos de aquella escena y entre ellos, dos que elevaron la prima de los improperios que se les ocurrieron, produciéndose con tal motivo, un verdadero escándalo.

Uno de estos dos últimos individuos, mal entrazado y de voz atronadora, hizo relucir un cuchillo en su mano derecha con el cual embistió a otro mocetón que se hallaba desarmado y que perdía terreno, mientras que el del cuchillo, lo estrechaba y reducía a una situación difícil de salvar.

El señor Arreses, que se había aproximado a los contendientes, cediendo a un sentimiento generoso, en favor de aquel hombre indefenso y comprometido de tal manera, quiso intervenir en la contienda y avanzó hasta el grupo sin lograr su objeto, pues el hombre desarmado acababa de caer al suelo gravemente herido, al mismo tiempo que caía también Arreses debido a un traspiés o pisada en falso.

El herido, fué conducido al hospital, los camorristas y el heridor a la cárcel y el señor Arreses a mi casa, en donde hizo varios días de cama antes de poder salir a la calle, pues se había fracturado el brazo izquierdo a la altura de la muñeca.....

.....

En este preciso momento, se presentó el Coronel Anzani, que se dirigía urgentemente al cuartel acompañado de un oficial perteneciente al cuerpo que aquél comandaba y

con actitud resuelta, desarmó y redujo a prisión al heridor.

Y a la vez que esto ocurría en la puerta de la fonda de la calle Andes y Colonia, en las inmediatas y transversales, se oía la llamada a tropa de la tarde, tocada por los tambores de las Legiones Italiana y Francesa.

¡Plam - plam - plam,
Plam - plam - plam,
Plam - plam - plam
Plataplam - plam - plam ... hasta perderse gradualmente confundidos con otros más próximos de los demás cuerpos de la guarnición.

¡Qué extraña y melancólica emoción me produce el sólo recuerdo de este toque o llamada a una hora fija y al caer de las tardes, cuando resonaba en mis oídos, allá en mi tránsito por las calles silenciosas de la querida ciudad sitiada!...

# CAPÍTULO IV

## Todavía los Bandos

**Por el cual, con el amago de un proceso, se consigue lo que por el momento representa varios miles de pesos, con un agregado de mil más, a guisa de epílogo y por el cual, en fin, se vé, que los bandos partidistas, uno durante el sitio grande y el otro en éste y después, nada tienen que enrostrarse.**

### I

### La Conferencia

He dicho al principio del capítulo anterior, que Don D. G. había sido llamado al despacho del Ministro de la guerra.

Poco tiempo empleó aquél para llegar a su destino, y atravesar el gran patio, del Fuerte (1), a cuyo alrededor, se encontraban los principales departamentos y oficinas de-

---

(1) Se daba el nombre de «Fuerte», al edificio que ocupaba el terreno, que hoy abraza la Plaza Zabala y el cual servía al Gobierno de residencia habitual durante sus funciones diarias, hasta que se habilitó a igual objeto, el actual Palacete de la Plaza Independencia.

pendientes de la Presidencia y de los tres únicos Ministerios que actuaban en aquella época, esto es; el de Gobierno y Relaciones Exteriores; el de Guerra y Marina y el de Hacienda.

El de Guerra, estaba ubicado a la derecha de la entrada principal y a la altura de la mitad de la vereda de piedra, que conducía desde aquella entrada a los departamentos de la Presidencia y del Ministro de Gobierno.

Cuando llegó el señor G., aquél primero no estaba, pero, dadas las tres de la tarde, entró, saludó a las varias personas que lo esperaban en un pequeño departamento e invitó al expresado G. para que pasase a su despacho.

La conferencia con éste fué breve, tan breve, que el diálogo empezó sin preámbulos, porque, tan pronto como traspuso el dintel de la puerta de entrada, el Ministro se dirigió a su mesa de trabajo y abriendo un cajón, tomó de él una carta y poniéndola en manos de aquel señor, le dijo: ¿es de usted esta carta?

El interrogado, después de pasar vista por el principio y final de ella, contestó tranquilamente en sentido afirmativo.

—Pues bien, agregó entonces el Ministro, se encuentra usted en igual caso que Don Luis Baena.

Al conminado con semejante notificación, casi se le cayeron de las manos las antiparras de que se había valido para verificar la autenticidad de la carta; pero al fin se me puso y contestó: no alcanzo lo que tiene que ver esta carta con la que sirvió de cabeza de proceso en la causa que se inició a aquel ciudadano. Yo, en la mía, me resisto a trasladarme al campo sitiador, a pesar de los ruegos de mi familia, porque no puedo abandonar mis intereses, que están en esta plaza, como es de notoriedad y pido que se consulte a un amigo, sobre lo que me toca hacer.

—Está bien, replicó el Ministro, pero para hacerlo, pide usted consejo a un jefe enemigo.

—Señor Ministro, insistió G., el Coronel Don José María Reyes, es casi un pariente, en cuya casa vive mi familia, aunque provisoriamente, y apropósito del consejo que indico se le pida, lo mismo se lo pediría siendo un particular, que siendo militar, como lo es. Además, el Coronel Reyes, estaba habilitado para opinar con acierto, si

yo sería bien recibido en el campo sitiador, o si no me expondría a algún vejamen.

El párrafo de la carta con que argüía el Ministro, decía: «no puedo ausentarme de » Montevideo, sin hacer abandono de mis in- » tereses y temo que abandonados, se apo- » deren de ellos y entre éstos de las propie- » dades de mi pertenencia, aparte de que no » sé como sería recibido ahí. Sin embargo, » pide consejo a Don José M. Reyes y con » ello, me resolveré. » (Textual).

. . . . . .

Esta era la cabeza de proceso con que el Ministro de la Guerra pretendía juzgar y penar al autor de la carta, no obstante los títulos que éste tenía para contar con la consideración y aprecio de los prohombres de la defensa, a quienes facilitó fuertes sumas de dinero, hasta ofrecer su fortuna entera para los hospitales, si necesaria fuese, y para los gastos que aquélla demandase (1).

Sin embargo, estas razones parecieron calmar el énfasis y rigorismo, real o aparente, con que lo abordó el Coronel Pacheco en el primer momento, y después... de un paseo

(1) «Anales de la Defensa de Montevideo», Tomo II parte I, Capítulo XXVI, página 311 año de 1843 a 1844.

doble en toda la extensión de su despacho, se detuvo bruscamente y mirándole de frente con gesto adusto, le dijo:

—¿Tiene usted paños y bayeta colorada en cantidad suficiente para vestir a dos escuadrones?

—Sí señor, — contestó secamente el interrogado, pues desde luego se hizo cargo de la tendencia del Ministro y del empleo calculado de la carta.

—¿Y... recados o monturas aparentes, riendas, cojinillos y demás útiles?, agregó.

—Con esto no debe contar el señor Ministro, porque nada tengo, pero sí con los paños y bayetas, que están como han estado siempre a disposición del Gobierno.

—Está bien, y puede usted retirarse.

El padre del Doctor X. se inclinó, no se hizo repetir el permiso que se le acordaba, y salió del Ministerio con dirección a su casa de la calle Paysandú, en donde tenía un gran depósito de mercaderías despachadas hacía una semana.

Antes de las diez de la mañana del día siguiente, se presentó un comisario con dos carretillas y una orden del Ministro de la Guerra y retiró una cantidad de piezas de paño azul y de bayeta colorada, otorgando

el recibo correspondiente para pagarse diez años después en bonos, cotizables a vil precio.

## II

### Un pasaporte salado

El señor G., en previsión de lo que podría ocurrir, pues conocía las desavenencias y celos que existían entre el Coronel Pacheco y el General Rivera, a los que atribuyó la hostilidad, mal disimulada, que el primero dejó traslucir siempre en su contra, decidió salir de Montevideo con el consejo y sin el consejo del Coronel Reyes, mucho más encontrándose ausente el General Rivera, cuya acción protectora no podía llegar a favorecerle ni guardarle de la mala voluntad de Pacheco. Presintió además, que no era sólo lo ocurrido lo que debía temer, pues tras aquella embestida, habían de venir otras de mayor calibre. Este temor lo indujo a tomar aquella resolución y desde el siguiente día, abordó lo relativo a obtener el correspondiente pasaporte.

Fué servido al pensamiento, pero... se le comunicó por el Oficial Mayor del Ministerio, señor Freire, que atentas las necesida-

des del erario y apremios porque actualmente estaba pasando, tendría que abonar mil pesos por el pasaporte que solicitaba (1).

Y como el señor Freire se apercibiera de la sorpresa y desagrado que esto le causara a G., se apresuró a agregar con cierto tono de amabilidad y aire de inteligencia... debo prevenirle, que para el caso de que usted volviese a Montevideo y saliese de nuevo para el campo enemigo, este mismo pasaporte, le serviría hasta para dos viajes más.

—¡Vamos! ¡muchas gracias!... y el cuitado viajero quedó con el Oficial Mayor de volver a las cuatro, a oblar la suma exigida y retirar el pasaporte.

En esos momentos se encontraba, en cuanto a moneda sonante y contante, como se encontraban las arcas del Estado y tuvo que recurrir a Don Francisco Hocquard, para que le facilitase dos mil quinientos pesos que necesitaba para pagar el pasaporte y cubrir los gastos, que forzosamente tenía que hacer antes de ausentarse, sin tiempo fijo para la vuelta y los que se le ocasionasen en el campo sitiador.

---

(1) De a 80 centésimos cada uno.

El señor Hoquard, a pesar de sus afinidades con el General Pacheco, quedó muy mal impresionado con lo que se hacía con su amigo, después de la actitud que éste había asumido espontáneamente cuando se inició el sitio y de que he tenido ocasión de ocuparme en otro lugar, pero no le tomó de nuevas lo del pasaporte, pues a la respetable Señora Doña Carolina L. de García, el señor Don Andrés Lamas, Jefe de Policía, le obligó a pagar igual suma por un pasaporte a Buenos Aires.

## III

### La partida

Don Aparicio Pernas, sobrino político del señor G. y uno de los empleados superiores de la Contaduría General del Estado, vivía con su tío en una de las casas de la calle Paysandú, y fué el que quedó al frente de todas ellas, como administrador y munido a tal efecto, del correspondiente poder.

La familia del señor G., había salido para el campo sitiador, casi con lo puesto, según suele decirse, pues en su principio se

creyó que el sitio duraría pocos días y que las cosas, de grado o por fuerza, concluirían pronto.

Por consiguiente, todo el menaje de la familia estaba allí íntegro, y aún con restos de mercaderías de bastante valor deducidas las que habían entregado al Ministro, Coronel Pacheco, días antes.

Pernas, debía tener a su tío, al corriente de lo que sucediese.

En tal estado las cosas, éste último se embarcó en un lanchón a vela que hacía la travesía dos veces por semana, desde el *Muelle Viejo*, situado al extremo Norte de la calle Misiones, hasta la Teja o muelle de Don Samuel Laffone, el que servía de embarcadero y desembarcadero.

El Capitán de Puerto, o el que hacía sus veces, era Don *Pancho Oribe*, Coronel Graduado, que aún cuando su nombre de pila era el de Francisco, nadie le llamaba sino *Don Pancho*.

Era hombre entonces de unos cincuenta años, de pocas palabras, de adusto gesto y de maneras que mucho dejaban que desear y que hacían contraste con las muy cultas de sus hermanos Don Manuel y don Ignacio.

. . . . . .

Después de tres cuartos de hora, con viento fresco del Sud Este, nuestro viajero y demás personas que se dirigían al muelle de Laffone, en ese viaje, llegaron a su destino con toda felicidad siendo las 2 a. m.; pero como el Capitán de bahía no se encontraba en su puesto a aquella ahora por estar enfermo y no pudiendo bajar ningún pasajero, hallándose aquel ausente, resultó que los de aquel viaje, tuvieron que permanecer a bordo del lanchón, sin resguardo alguno y amacándose a merced del viento fresco que soplaba, mareándose dos niños de las pasajeras incluso una de éstas.

Al fin, allá a las cuatro de la tarde se presentó el Coronel Oribe, a caballo en traje particular y seguido de un ordenanza de chiripá punzó, casaca azul gorra de manga del mismo color y sable a la cintura, ordenando inmediatamente el desembarco de los cuitados pasajeros del lanchón a vela.

## IV

### En la orilla opuesta

Era formalidad ineludible una vez verificado el desembarco de los pasajeros procedentes de la Capital, que éstos comparecie-

ran uno por uno ante el Jefe del Puerto, a no ser cuando ellos trajeran familia consigo, pues en tal caso, todos los que la componían debían hacerlo juntos y en un sólo acto. Además, debían presentar su pasaporte y equipaje, contestar a las preguntas que se le dirigiesen, aunque, no se alcanzaba bien, a qué podía conducir esta formalidad, luego que esas preguntas, por lo general, se referían a actos ajenos y de los cuales se desentendían los pasajeros, con más o menos habilidad, para evitar compromisos.

El señor G. iba solo, y solo se presentó a presencia del Coronel Oribe, con un pequeño baúl (1), que contenía la ropa de uso indispensable para un mes y una capa de paño, que iba suelta y ligada con una ancha faja a la tapa del expresado baúl.

El viajero saludó atentamente, aunque con cierta ceremonia, y en igual forma lo hizo el Coronel Oribe.

Entre ambos, no existía más antecedente de relación o afinidad, que la del saludo, aunque a Oribe le constaba, que G., la tenía y muy buena con sus hermanos Don Manuel y Don Ignacio, en su calidad de contratista

---

(1) No había balijas entonces, ni malas.

de vestuarios del ejército durante la Presidencia del General Rivera y de su mismo hermano, hasta que éste renunció el cargo en 1838.

Y tan era así, que el ex Presidente, en presencia de su hermano, Don Ignacio, y del mismo Don Pancho, al despedirse en el muelle, de la capital, cuando dimitió, de porción de personas que le acompañaban, y del señor G., le dijo a éste: hasta más ver... agregando después estas palabras: *lo que siento, es que lo dejo a usted clavado*, (textual).

El ex Presidente Oribe, se refería a los dos últimos vestuarios y equipos, que su interlocutor había hecho para el personal militar de la Capital y de Campaña, cuyo importe era de $ 143.000, y que hasta aquel momento no había sido satisfecho por las perturbaciones que se habían producido en la chancelación de las erogaciones más urgentes del Estado, a causa de la actitud asumida en campaña por el General Rivera contra el expresado General Oribe.

Pero... veo que estas disgresiones me han apartado del verdadero objeto de mi narración y voy a continuar...

Después del cambio de saludos, el Coro-

nel Oribe le preguntó al señor G., si tenía su pasaporte.

—Aquí está, señor Coronel—y extendió el pliego hasta que el Coronel lo tomó.

—¿Viene usted por mucho tiempo?

—Ese sería mi deseo, pues tengo aquí a toda mi familia, pero... tal vez tenga necesidad de volver, porque...

—¿Por qué?—interrumpió Oribe bruscamente.

—Porque, si aquí tengo a mi familia, continuó el interrogado, en Montevideo tengo mis intereses, tal vez amenazados a estas horas.

—Sin embargo, usted ya ha contribuído voluntariamente con fuertes sumas a favor de los sitiados.

—Señor Coronel, lo que yo he dado ha sido a favor de los heridos y huérfanos víctimas de los desastres ocurridos en la línea de fuego y cuando todos contábamos en la pronta terminación del sitio, antes que se desarrollaran las pasiones partidistas, los celos y prevenciones contra los que pudieren hacer el bien por el bien mismo, como lo he hecho yo, y que siéndome posible lo mismo lo habría hecho aquí, pues ya he tenido ocasión de manifestar, que mis oficiosidades en

los lamentables momentos porque pasa el país, son la expresión sencilla de mis sentimientos humanitarios, y no de intereses políticos, que el señor Coronel me atribuye. Ahora, solo espero la autorización de V. S. para dirigirme al domicilio de mi familia, que me espera impaciente.

—Pero, usted tiene afinidades muy cordiales con el *pardejón* Rivera... (textual).

—Lo que yo he tenido y tengo desde mi primera juventud, es una amistad íntima con Don Fructuoso Rivera, más tarde General de la Nación, pues como extranjero no me inmiscúo en lo que se relaciona con los partidos en que parece dividirse hoy día la opinión.

—Con todo, aquí no comulgamos con ruedas de carreta y a los que no están con nosotros...

—Decía usted...

—Se les corta la cabeza... (textual).

Si al padre del Doctor X. casi se le cayeron las antiparras cuando el Ministro de la Guerra le dijo que se encontraba en igual caso que Don Luis Baena, después de la brusca y brutal amenaza del párrafo anterior, poco le faltó para llevarse instintivamente la mano al pescuezo y echar a correr,

para tomar de nuevo el lanchón que le había traído y oír de boca del hermano del sitiador, las flores con que acababa de regalarle el oído. Sin embargo, después de un breve intervalo, pudo dominar su emoción y y en tono de mal disimulada protesta, exclamó:

—¿Puedo marcharme?...

— Puede usted retirarse...—contestó secamente el Coronel Oribe.

El señor G., tomó y dobló el pasaporte que el jefe del Puerto le había devuelto y guiado por un ordenanza, salió por el fondo de la habitación.

## V

### El carro-mato

Un hombre que se encontraba a la salida, le ofreció su carretilla toldada para conducirle al Camino de Reyes, en el que se encontraba alojada provisoriamente su familia, según lo sabe el lector.

El señor G., se apresuró a aceptar el ofrecimiento, trepándose en el rústico vehículo, el cual, dando botes, trepando y bajando cuestas y moliéndole, como le habría molido un viaje sobre el más escabroso camino.

Felizmente, la distancia no era grande y no lo fué tampoco, la contrariedad y malestar que esto le produjo, ante la idea de abrazar a su familia y poner término, a la repetición desagradable de los actos, de que venía siendo víctima sin justificación de ninguna especie.

Desde ese momento no se preocupó de otra cosa que de hacer acto de presencia ante el General Oribe, como era de práctica hacerlo por el número limitado de personas que hacían viajes desde la capital sitiada, al campo sitiador.

Excuso decir, que el viajero durante su corta visita, se guardó bien de hablarle al General de la amable recepción de su hermano, el flamante Capitán de Puerto.

## VI

### La confiscación

Durante dos semanas las cosas marcharon sin novedad en Montevideo, por lo que respecta a G., pero una buena mañana, éste recibió una carta de que fué portador Don Juan Montes, el lanchonero, que hacía frecuentes viajes de Montevideo a la Teja

y vice-versa, el cual era un buen amigo del señor G., y de su sobrino, Don Aparicio Pernas que como recordará el lector, había quedado encargado de las fincas y demás intereses de propiedad de su tío.

Esas propiedades consistían: en la de la calle Paysandú N.º 872, y qne habitaba él con su familia; la contigua, en la misma calle, N.º 860; la esquina Noroeste N.º 852, y las cuatro pequeñas casas también contiguas y ubicadas con frente a la calle Andes, y por último, otra casa de familia y casa de inquilinato, sitas en la calle Piedras Núms. 571 y 573.

En la casa principal de la calle Paysandú, habitaba sólo con un sirviente de confianza, el señor Aparicio Pernas, que años después ocupó un cargo superior en la Contaduría General del Estado.

Además, en esa casa, existían mercaderías consistentes en paños, bayetas y lienzos, importando unos doce mil pesos y además, los muebles de uso de la familia, ropa blanca muy fina y en gran cantidad, la loza, y vajilla de plata del comedor, etc. etc.

La carta del señor Pernas, ponía en conocimiento de su señor tío, que el día anterior a su fecha, el Oficial Mayor del Minis-

terio de la Guerra, señor Don Manuel Freire, acompañado del Escribano Público, Don Luis Lebron y de un oficial de policía y cuatro soldados, se presentó intimándole al señor Pernas la entrega de las existencias de las casas a excepción de los muebles de uso, que podía retirarlos dentro de las veinticuatro horas, destinándose las mercaderías a la Comisaría de Guerra; la ropa blanca de uso de la familia, al Hospital de sangre, la vajilla de plata, a la comisión encargada de proveer de moneda circulante, otorgándose recibo de todo ésto al señor propietario o a quien hiciera sus veces; agregando por último, el señor Freire, que las propiedades de la pertenencia de aquel señor, quedaban a su cargo desde aquel momento, destinándose al albargue de los jefes y legionarios y a sus respectivas familias, una vez desalojadas, y a tal fin se notificaría a los actuales ocupantes para que lo verificasen en un término perentorio que se les señaló.

El señor G., según se le dijo al joven Pernas en aquel acto, estaba reputado como *prófugo*, sin que se tuviese para nada en consideración lo alegado por su sobrino de que su tío había pagado mil pesos por el correspondiente pasaporte, limitándose el se-

ñor Freire, a decir: que esto podría ser materia de una reclamación, que en todo caso, el interesado debía deducir, ante el señor Ministro de la Guerra.

El señor Escribano Lebrón, dió fe de todo lo que pasó a su vista, y con su gran nariz y con un cartapacio debajo del brazo, se retiró de la casa interdicta, de donde también se retiraron inmediatamente las mercaderías y objetos enumerados anteriormente.

Excusado es decir, que las casas de la calle Piedras, fueron también comprendidas en la diligencia practicada en la principal de la calle Paysandú y Andes, haciéndose a los inquillnos las respectivas intimaciones de desalojo, para dárseles el mismo destino que se dieron a aquéllas días más tarde.

Con tales noticias, fácil es comprender cuáles fueron las gratas impresiones del propietario.

# CAPÍTULO V

## El tratado de paz

**Un paréntesis a los horrores de la guerra, frente a los muros de la NUEVA TROYA, según el novelista Alejandro Dumas**

### I

### En camino

He dicho al principio de esta narración, que según opinión general en Montevideo, la invasión al país, de Don Manuel Oribe, fué con el propósito de recuperar la posesión del alto cargo de Presidente de la República. Sin embargo, sabemos que esta especie que por el primer momento vino a constituir una esperanza de paz, no tardó en disiparse.

En esta situación pasaron los años 43 y 44, pero al fin, un rayo de nuevas esperanzas surgió llegado el 45 con la negociación de paz que iniciaron los Ministros Inglés y Francés, Ouseley y Deffaudis.

En efecto, un buen día cundió la voz de

que los expresados Ministros Plenipotenciarios de Inglaterra y Francia, habían ofrecido sus buenos oficios a los beligerantes, para llegar a un arreglo que pusiese término a la contienda iniciada dos años antes.

Las gestiones ante el Gobierno de Montevideo, habían tenido buena acogida y alentados los señores Ministros por tan propicio resultado, decidieron dirigirse al campo sitiador, a fin de entrevistarse con el General Oribe.

La noticia siguió día por día acentuándose en sus detalles con general aplauso y al fin, llegó aquél en que los Ministros debían embarcarse en Montevideo para pasar al campo sitiador.

Para ésto, el padre de Arturito, que como le consta al lector se encontraba instalado en la casa-quinta del Coronel de Ingenieros Don José M. Reyes, le anunció a su hijo que al siguiente día, que era el designado para la recepción oficial en el Cuartel General del Cerrito, debía acompañarle después del almuerzo.

Arturito, muy contento y bien dispuesto con el paseo anunciado y ávido de presenciar la revista de que su señor padre le habló toda esa mañana, y aún desde la vís-

pera, se levantó el día designado mucho más temprano que de costumbre y allá, a las 10 1/2 a. m., partieron padre e hijo por el Camino de Reyes hasta tomar el hoy llamado de Larrañaga.

En este camino, y al enfrentar con el humilde rancho de material que habitaba entonces el honorable e ilustrado sacerdote, que dió nombre hasta hoy a aquel camino y a otras cosas de mayor importancia, se encontró con el señor Don Vicente Nubel, primer Comisario General del Ejército sitiador, y junto con él, continuaron hasta la hoy calle San Martín, doblando a la izquierda y repechando por ella hasta llegar a la altura del Cerrito de la Victoria, pues aquel señor, como Arturito y su padre, se dirigían al Cuartel General con igual objeto.

## II

### El campamento y el Mirador de Oribe

Pasada media hora se encontraban ya próximos a la antigua casa-quinta del vasco Chopitea y minutos después, en el Cuartel General, ubicado entre aquella casa-quinta, el Cerrito y el monte llamado entonces, de

los Olivos, en línea al Sud-Este paralela con el pueblo «Restauración».

Ocupaba una extensión importante de Oeste a Este y no menos de Norte a Sur, constituyéndolo centenares de ranchos revocados con barro sus muros y techados de paja. Su aspecto, diseminados en todas direcciones, y perfectamente blanqueados era alegre, con especialidad en la parte más alta y en dirección a la cumbre del Cerrito.

La uniformidad, que podía notarse en el conjunto de los ranchos que formaban el albergue de los cuerpos de línea, se veía interrumpida de trecho en trecho, por otros ranchos de más prolija construcción, pertenecientes a los jefes y oficialidad, como al cuerpo de empleados de distintas reparticiones de la administración pública.

En esta condición se encontraban las instalaciones de este género al servicio del jefe sitiador, al de sus titulados Ministros (1) y personal de empleados superiores e inferiores.

A treinta metros de distancia, mas o menos,

---

(1) Téngase presente que el General Oribe, titulándose Presidente de la República, tenía sus Ministros.

de estas instalaciones, se elevaba el esqueleto de un Mirador de pino blanco, de forma cuadrangular y reforzado por numerosos tirantillos, que servían de sólida trabazón y refuerzo a los cuatro robustos postes que formaban los pies o punto de apoyo del polígono. Este se elevaba a una altura de unos veinticinco metros, aproximadamente, según lo aseguraba el padre de Arturito, aunque a este último le pareciese de doble altura en la plataforma de su parte superior, rodeada de una sólida baranda, hasta la cual llegaba una escalera en forma de espiral, y dos caballetes de distinta altura, para colocar los anteojos y poder usar de ellos con más comodidad.

Desde aquella altura el general Oribe, munido de un anteojo de larga vista que mandó buscar a Río Janeiro y de otro mejor, que le regaló el conocido comerciante Don Félix Buxareo, dominaba la ciudad, encerrada dentro de sus muros de piedra.

Un programa de señales le tenían al corriente de muchas de las evoluciones de la plaza, durante el día y la noche, que como es natural, el jefe sitiador necesitaba conocer con anticipación a fin de neutralizar sus consecuencias en cuanto fuese posible.

Varios emisarios remunerados debidamente, se hallaban instalados en las diferentes secciones de la población, y ya por cierta combinación de banderas y de luces, no en colores porque esto sería sospechoso y comprometedor, pero sí en número, en movimiento y combinaciones de esas mismas luces y signos de inteligencia; el jefe sitiador obtenía muchos datos que le eran necesarios.

Conocí yo en Montevideo a un italiano vecino de la calle Andes, sindicado como uno de esos emisarios, al cual se había traído al retortero por la policía, bien que, siempre pudo escapar de su acción. Se llamaba Antonio Camblon y cuando se le dejó tranquilo, recuerdo que llegó a ser inquilino con su familia, del padre de Arturito, ocupando una de las pequeñas casas de la calle de Andes.

Como Ulises, al frente de la antigua Troya, Oribe al frente de la que, el literato Alejandro Dumas, había de calificar un día con el nombre de la «Nueva Troya», desde su torre, no sólo realizaba iguales propósitos que Ulises, explorando en terreno ajeno, sino que exploraba además cuanto ocurría en sus propios dominios.

Los cuarteles, fortines y puntos avanzados de la línea, no escapaban a los largos ante-

ojos del sitiador, y no pasaba una semana, que no tuviese muchas cosas que observar sobre lo que se hacía en su servicio en sus propios dominios, y sobre lo que se dejaba de hacer, también. Si no necesitó Ulises de Mirador para llenar su cometido al frente de sus huestes y de la vieja Troya, a que sitiaba contando con alturas naturales del accidentado terreno que pisaba, Oribe, elevó su Mirador de esqueleto, que tuvieron ocasión de conocer en 1845, los Ministros de Francia e Inglaterra Ouseley y Deffaudis.

Los encuentros y escaramuzas que tenían lugar entre las fuerzas beligerantes, durante el día, no escapaban tampoco a los anteojos del sitiador, y aún durante la noche, aunque con los relativos inconvenientes de la obscuridad.

El hecho es, que el Mirador durante el sitio, prestó verdaderos servicios.

El secretario privado del General Oribe, algunos de sus Ministros y el mentado Dañobeitia, de gran figuración en el Cuartel General del Cerrito, lo visitaban diariamente, y con especialidad cuando de día o de noche, se notaba mayor actividad en la línea de fuego.

Este Mirador, hacía complemento al cua-

dro singular que ofrecía el Cuartel General de Oribe en el año de gracia de 1845.

## III

### La concurrencia

Porción de vehículos de distinto corte y apariencia tirados por caballos y mulas, enjaezados con arreos de suela de cuero fresco y coyundas variadas, iban llegando por intervalos, procedentes de todas direcciones, alineándose por orden en la extensión de dos líneas perpendiculares entre sí, con dirección al Norte y Este del campamento militar.

Las personas, que al llegar se lanzaban al terreno, buscando el contacto con otras para orientarse sobre la mejor situación que podían elegir para presenciar con sus familias el espectáculo, que no iba a tardar en desarrollarse a su vista, miraban a todas partes con notable inquietud, concluyendo por cambiar de sitio o permanecer después de corta vacilación, en el que primeramente habían ocupado.

Gente a caballo y a pie, llegaba también en grandes grupos, que no tardaron en formar

un conjunto respetable del populacho de las inmediaciones y ginetes de todo pelaje.

El naciente pueblo Restauración, Pando, Las Piedras y Canelones, sin duda quedaron desalojados ese día por el interés que despertó en todas partes la probabilidad de que la tan ansiada paz se realizase.

En medio de aquel híbrido aglomeramiento de hombres, mujeres, niños, ginetes y vehículos, mucho llamó la atención una quincena de berlinas pintadas de negro, carros de dos ruedas sin capotas, pero munidos de toldos improvisados, que se habían hecho extensivos a las carretillas de carga, según he tenido ocasión de decirlo anteriormente.

La animación y alegría estaba retratada en todos los rostros; la esperanza daba mayor expresión a las miradas que se cruzaban como en busca de un signo de conformidad y asentimiento a aquellas tiernas y generosas expansiones. No sólo eran escasos en el campo sitiador, los vehículos aparentes para el transporte de personas, aún tratándose de las más acomodadas, sino que también lo eran de la capital.

Momentos después, y a la distancia, ya se dejaban oír toques de clarín y redobles de tambores, anunciando la aproximación de

tropas militares que debían llegar a la falda Sud del Cerrito y formar en batalla a inmediaciones del campamento.

Estos toques, tan peculiares de la lucha como de la victoria, parecían aproximarse produciendo en aquella inmensa y variada concurrencia una grata emoción que se traducía en todos los semblantes, como acabo de decirlo.

Los que no corrían de un lado a otro, volaban por la sola necesidad de moverse, obedeciendo a los nervios más que a un propósito determinado.

La animación y excitación nerviosa, pues, iba en aumento gradual, al son de la aproximación simpática de los tambores y clarines como seguro presagio de la paz soñada y el oleaje de todos aquellos grupos dominados por la curiosidad y la variedad del espectáculo, que iba a ofrecerse a sus ojos con motivo tan halagador, constituía el fondo relieve más marcado e interesante del cuadro.

Arturito era muy niño entonces, pero, aunque sin darse completa explicación de lo que veía, no dejaba de ofrecerle novedad e interés aquella animación, y aquella inquietud, que creía observar en todas las personas que le rodeaban.

Era un espectáculo nuevo para él que no podía apreciar en toda su importancia, porque creía presentir mucho de lo que aquél podía encerrar.

Los recuerdos y referencias posteriores de su padre en el curso de los años subsiguientes y la tradición fueron gradualmente iniciándole en la significación de cuanto Arturito vió ese día, rompiendo para ello la densa niebla que dificultaba la visión de aquel cuadro inolvidable.

## IV

### La revista

El señor Nubel y sus acompañantes entraron al fin a la Comisaría General, y permanecieron en grata conversación con otras personas que allí se encontraban, mientras que Arturito se estacionó en la puerta de salida, atraído por el toque de tambores y trompetas que en ese momento, precisamente, se hacía sentir a la distancia y por puntos distintos.

Eran las tropas de línea y guardias Nacionales, que se aproximaban, lo que, por otra parte, no le extrañó, pues sabía por refe-

rencia reciente del señor Nubel que aquella tarde el ejército debía revistar, cuando menos, con tres mil quinientos hombres de las tres armas, en honor a los Ministros Inglés y Francés, que con su respectivo séquito, debían de llegar a las dos de la tarde, más o menos.

El primer cuerpo de línea que se ofreció a la ávida mirada de Arturito, fué el que comandaba el Coronel Argentino, Don J. Ramiro. Constaba de quinientas y tantas plazas de infantería, y no había acabado de alinearse al frente de la plazuela que ocupaban las oficinas de inmediata dependencia del General Oribe, cuando se presentaron dos cuerpos más, el compuesto de negros Africanos y criollos en número de ochocientos bajo las órdenes del distinguido Coronel, Don Francisco Lasala, padre de mis amigos Angela Lasala de Areta y Martín Lasala.

Momentos después, fueron llegando el Coronel Montoro a la cabeza de su Escuadrón de Caballería; el Coronel Rincón, argentino, y Jefe de otro batallón de Infantería de línea, un nuevo escuadrón de Caballería, cuyo Jefe, no sé con certeza, si era el Coronel Fonticelli, o Montero, y por último llegó el batallón de G. G. N. N. a las órdenes de un

Coronel Sienra cuyo nombre tampoco recuerdo, y el de Vascos a las órdenes del Coronel, Don Ramón Artagaveytia. Revistó del mismo modo un piquete de Artillería ligera y un grupo de la Policía Seccional que se ocupaba en mantener libres y despejados los alrededores de la formación.

El General de división Don Antonio Díaz, mandaba la revista acompañado de sus ayudantes y ordenanzas como procede en tales casos.

Los cuerpos de línea y el de G. G. N. N., se alineaban conforme iban llegando desde las inmediaciones de la casa de Chopitea, a que me he referido antes, para formar un ángulo recto al llegar al pie de la residencia, habitual del General Oribe y prolongarse en una extensión de trescientos metros.

Con excepción del cuerpo de G. G. N. N. que vestía de camiseta y gorra celeste y pantalón blanco, los demás ofrecían un aspecto novedoso para las costumbres de aquella época en el Ejército de la Capital, aunque no en el de Campaña.

En efecto, vestían, calzonzillo blanco con flecos, chiripá punzó a la porteña (1); casaca

(1) El chiripá a la porteña consiste en un cuadro de tela de un metro con veinte cuadrado, que se coloca

azul con correa de suela blanca y gorra de manga del mismo color azul con una borla sujeta al brazo izquierdo, por un broche de metal.

Las dos únicas líneas que formaban las tropas, según la posición ocupada desde el primer momento, y las sinuosidades del terreno ofrecían a la vista y a la distancia, el efecto de una faja multicolor tendida en aquellas dos direcciones sobre una alfombra verde y con la cual reverberaban los rayos del sol.

Las gorras de manga punzoes, las casacas azules y las correas blancas, que cruzaban el pecho de cada uno de los soldados, los chiripaes, las cañas y flecos blancos de los calzonzillos, casi a flor del tosco zapato, venían a ser complemento del cuadro en la línea de batalla por las tropas en formación.

---

entre las piernas y se sujeta a la cintura por una faja de tela o de cuero, y en cuanto a la gorra de manga, ésta se componía de dos triángulos de paño unidos por sus lados laterales, de manera, que los otros dos lados unidos también, viniesen a dar cabida a la cabeza del que debiera usarlos.

## V

### La recepción

Entretanto, la concurrencia iba en aumento; como ya he dicho, gente de a pie y de a caballo llegaba de los alrededores y principalmente de los pueblos inmediatos, hasta de Canelones, por la novedad e importancia del asunto que motivaba tan trascendental acontecimiento.

Se veían cruzar por las callejuelas o senderos del Cuartel General, a porción de empleados superiores e inferiores, en actitud de proveer a medidas urgentes, y propias del momento, entre ellos, a uno de los secretarios privados del General Oribe, llamado Dañobeitia, que ya he nombrado antes, una especie de Carralón de la Rua, amanuense del General Santos y un Don Angel Brian, que prestó sus servicios en época menos remota al mismo Santos y al Doctor Don Julio Herrera y Obes, durante su presidencia. Le hicieron ver también al Coronel Don Salvador García, militar ilustrado, que años después, terminada la guerra desempeñó el cargo de Fiscal y el Coronel Golfarini,

padre de mi querido compatriota y amigo Doctor Angel Golfarini, hoy General de la Nación.

Allí estaban también los Doctores Don Francisco Solano de Antuña, Don Joaquín Requena y Don Jaime Estrázulas; los señores Calixto Quincoces, Felipe Maturana, Don Norberto Larravide, Don Rafael y Don Manuel Anavitarte, Don Juan Susviela, Don Luis Lerena, Don Atanasio Lapido y tantas otras personas de las cuales conservo recuerdo.

En dos de los cuerpos de línea se oyeron tocar algunas piezas por las bandas respectivas, que en nada se parecían a las actuales como debe suponerse, y en los otros algunos toques de clarín y redobles de tambores, que vinieron a dar relativo interés y explicable animación a aquel cuadro precursor de la deseada aparición de los simpáticos emisarios de la paz.

Entonces no teníamos telégrafos ni automóviles ni teléfonos para trasmitir las noticias con la rapidez deseada, pero teníamos un medio supletorio, es decir, los chasques con buenos caballos, para acortar las distancias y anticipar en algo aquellas noticias, y bastante tiempo tuvimos que esperar los de

mi generación para gozar de las ventajas a medias, que nos ofrecen hoy los telégratos, teléfonos y automóviles. . . . . .

. . . . . .

En estas alternativas y espera pasaron dos horas para concluir las impaciencias explicables de aquel día, con la llegada de un chasque anunciando, que antes de media hora la comisión encargada por el General Oribe, para recibir, cumplimentar y conducir a su presencia a los distinguidos representantes de Inglaterra y Francia, pues ya habían desembarcado y se dirigían a este lugar.

En el acto, aquel militar sus secretarios y funcionarios que lo acompañaban, se pusieron en movimiento y en disposición de recibir a aquellos diplomáticos, con los honores que correspondían a su alta categoría.

Momentos después de dar las dos de la tarde, redobles de tambores, toques de clarín y voces de mando, se dejaron oír en las dos extensas filas de los cuerpos de línea, que en ese instante presentaban las armas al grupo que ofrecían los diplomáticos y sus acompañantes que venían en dirección al que le esperaba con el General Oribe a la cabeza.

Las bandas de música de los cuerpos, que

las tenían, tocaban a un tiempo y los vivas y clamoreo de la numerosa concurrencia, daba grande solemnidad y realce a aquel acto, en que se cifraban tantos anhelos y esperanzas.

Las tropas continuaban en formación, pero en descanso y guardando silencio completo los tambores y trompetas. Lo mismo la concurrencia que al cruzar los senderos del cuartel general y rodear sus orillas, esperaba impaciente y silenciosa el resultado del tratado de Paz.

## VI

### Llegada de los pacificadores

Inmediatamente de incorporarse los grupos y hacerse las presentaciones recíprocas de orden, la conferencia dió principio en el departamento del General Oribe, arreglado al efecto, en las mejores condiciones que fué posible.

Su larga duración no dejó de fastidiar bastante a Arturito, que ya había empezado a sentir el aburrimiento que siempre producen las cosas más bellas cuando no ofrecen variantes, principalmente, tratándose de chicos

de poca edad y de mucha edad también.

En uno de los capítulos de mi obra «Carnet de un filósofo», ya tuve ocasión de describir, aunque a grandes rasgos, la espaciosa habitación que actualmente ocupaba el General Oribe. Era su pieza de trabajo, su despacho, en una palabra, y allí se reunían diariamente sus secretarios, celebrando sus sesiones.

Una gran mesa, con carpeta de paño punzó con sus útiles de escribir; un sofá de caoba tapizado en crin negra; un gran armario de cedro; una mesa más pequeña que aquella a que acabo de referirme, cubierta de papeles; un reloj de pie con esfera de acero; una dotación de sillas de caoba también tapizadas de crin y una alfombra gris de jergón de lana, era todo lo que componía el mueblaje de la habitación del General invasor y fué, precisamente en ella, que fueron recibidos los pacificadores y en la cual tuvo lugar la conferencia anunciada.

Las conjeturas de éste y aquél iban en progreso; las predicciones optimistas de unos y las pesimistas de los más, corrían de un grupo a otro de los muchos en que estaban divididos los cuatro o cinco mil concurrentes que habían invadido el Cuartel General.

del Cerrito y de sus alrededores. Se hicieron apuestas en un sentido y otro, y hasta hubo discusiones acaloradas entre dos ciudadanos conspicuos, afectos a la causa del General sitiador, llegando hasta perder la discreción y moderación que correspondía guardar.

Entretanto, nadie, en resumen, sabía lo que pasaba en aquellos momentos y sin embargo, discutían hasta perder la calma, obligados más por la obcecación o amor propio comprometido, que respondiendo a un convenci·niento íntimo, que no existía.

Al fin, la aparición del señor Dañobeitia en una de las puertas del departamento que ocupaba la comitiva que acompañó a los Ministros extranjeros y a la espera, como los que se encontraban en el exterior el resultado de la conferencia, no tuvo inconveniente en decir al primero que lo interrogó, que la expresada conferencia acababa de terminar en la mayor *armonía y buena disposición.*

Esta última palabra, que esa tarde corrió de boca en boca, dió lugar a nuevos comentarios y gratos presagios en favor de una solución satisfactoria y desde ese momento, muchas caras risueñas se vieron, con un

agregado de apretones de mano y hasta por uno que otro abrazo.

Finalmente, las puertas del frente opuesto, que hacían *bis* a *bis* con la torre que tuve ocasión de describir a grandes rasgos en uno de los incisos anteriores de este capítulo, se abrieron con estrépito. Los Ministros y parte de su comitiva y el General Oribe con varios personajes de su confianza y distinción, aparecieron con rostros radiantes dirigiéndose a la torre; subieron hasta la plataforma superior, desde donde pasaron una media hora, en gozar del panorama interesante que ofrecían las campiñas pintorescas del campo neutral, el Cerro, la ciudad sitiada y el caudaloso Río de la Plata que baña sus orillas por el Sud y por el Norte.

## VII

### Fracaso

Todos, más o menos sugestionados por la intensidad y seducción de sus propios deseos, y a pesar de vagos recelos, empezaron a acariciarse con las auras de una paz tan deseada.

El que más y el que menos, se inclinaba

a aquella que le ofrecía mayor satisfacción y simpatía, y bajo la grata impresión de esta idea, una gran parte de la concurrencia empezó a retirarse en distintas direcciones, mientras que los Ministros y el General Oribe, descendían de la Torre en actitud de la mayor cordialidad, para tomar en seguida los carruajes que debían conducir a los primeros y comitiva al Muelle de Laffone, siendo a la sazón las seis de la tarde.

Los redobles de tambores, toques de clarín de los cuerpos de Caballería, música de varios cuerpos de Infantería y aplausos de la concurrencia, se dejaron oír de nuevo y y en medio de estas manifestaciones, los carruajes desfilaron, hasta descender por el camino que trajeron, para tomar por el de Larrañaga.

Entretanto, en medio de los grupos restantes de la numerosa concurrencia empezaron a circular varias especies, que a pesar de las primeras y buenas impresiones, no dejaron de producir ciertas dudas mortificantes.

Se decía, por ejemplo: que el General Oribe, consultaría su resolución sobre las bases de Paz y las comunicaría al día siguiente, antes que los señores Ministros se retiraran

de Montevideo. Otros decían, que el General estaba conforme con todas ellas, pero que tenía necesidad de consultar a su aliado, General Don Juan M. de Rosas y otros, agregaban, que las negociaciones, podían considerarse fracasadas por una condición *sine quanom*, que pondría seguramente el expresado General, y a la cual, no podría suscribir el Gobierno de la Defensa, sin jugar un papel humillante.

La tarde aquella pues, sobre todo para el resto de la concurrencia que permaneció hasta las últimas horas en el Cuartel General, fué de una verdadera decepción, y fué el que primero dió con la realidad de las cosas, pues días después, sólo los ilusos y soñadores podían esperar la oliva de la Paz en vez de la bala rasa y los tiros de cañón.

En efecto, el General Rosas, con quien se consultaron las bases del tratado de Paz, pasada una semana contestó que «Motivos de *alta política*, en la cual estaba comprometida la suerte y porvenir de la Argentina y demás Repúblicas del Continente Sud Americano, se oponían a su sanción».

Y rindiéndole homenaje y obediencia a tan ruda y deprimente sentencia, la Paz fracasó, la Guerra siguió su marcha destructora, por

la voluntad y miras egoístas de un sólo hombre!... ¡de un extraño!... ¡y la complacencia de uno que no lo era! . . . . .

## VIII

### Al regresar

El padre de Arturito y éste, regresaron del Cuartel General, por el mismo camino que llevaron, hasta tomar el de Larrañaga, y en compañía del señor Nubel.

A la altura del hoy pueblo de Atahualpa, en donde por la mañana, se encontraron con este señor, pues allí vivía, se despidieron, siguiendo solos hasta la casa quinta de la familia Jackson.

En su lugar existía entonces un rancho de material, sin revocar, y techado de paja, y a veinte pasos de distancia, un horno también de material y revocado de barro.

Un individuo, casi andrajoso, se encontraba a su puerta y se ocupaba de sacar de su interior, bizcochos, tortas, ú otras masas, que trascendían agradablemente y que, una morena de delantal blanco, recibía en un plato, presentándolo después a un sacerdote, a juzgar por el vestuario, el cual los llevaba

a su boca saboreándolos después con marcada fruición.

—Arturito ¿conoces a ese respetable Sacerdote?—Preguntóle su padre.

—No lo conozco.—Contestó el niño.

—Pues bien, ese Sacerdote, es el Doctor Don Dámaso Larrañaga, Vicario Apostólico de la República; se encuentra casi ciego y vive en este humilde retiro.

Arturito, después de hombre, cada vez que pasa por aquella localidad, contempla la Capilla de Orden Gótico, elevada por la piadosa familia de Jackson y lo mismo el propio edificio habitado por ella a distancia de doscientos metros más adelante y en dirección al Sud.

Y con razón, porque precisamente sobre los escombros del modesto rancho, que sirvió de humilde morada al venerable e ilustrado Sacerdote, es que se eleva aquella mansión veraniega de la piadosa familia. . . . . .

. . . . . .

Media hora después, Arturito y su padre, sentados a la mesa en familia, trasmitían las fuertes impresiones recibidas en la original excursión novedosa de aquel bello día de primavera.

# CAPÍTULO VI

## ¡Dígale usted al Marqués!...

**Por el cual se hace una ligera reseña de cosas que pasaban en Montevideo, durante el Sitio Grande y de otras en Madrid, con un viajero novel.**

### I

### La recomendación

Desde el 30 de Agosto de 1847, día de Santa Rosa de Lima, patrona de América, el joven Arturito, se encontraba en Montevideo, después de varios años de ausencia en el campo sitiador.

Su padre lo traía a la Capital, con el objeto de ocuparse seriamente de su educación, pues aquél acababa de cumplir diez años y éste, creía notarle de tiempo atrás, cierta afición al caballito y marcada repulsión para el estudio.

Los establecimientos de educación en el pueblo «Restauración», dejaban mucho que desear, pero aparte de esta circunstancia, se agregaban los inconvenientes de las dis-

tancias y los peligros que se ofrecían para un niño en una época de guerra, de malos hábitos y de peores ejemplos.

El niño Arturito, como ya he tenido ocasión de decirlo en el Capítulo, « La Corina » del primer tomo de mi obra « Carnet de un filósofo », fué colocado en el Colegio Oriental, regenteado por el distinguido caballero y sabio educacionista, Don Juan M. Bonifaz, a quien por cierto, no se le hizo en vida, toda la justicia que merecía, sus importantes servicios prestados en sus tareas escolares y en la redacción de sus métodos de enseñanza, en que trabajó con ahinco durante medio siglo.

Estos métodos, diferían en mucho de los usuales entonces, que, según el distinguido Pedagogo, no se adaptaban a la tierna penetración de los niños, a quienes ofrecía tanto trabajo comprender el verdadero sentido e inteligencia de los que se pretendía enseñarles, así como retener las reglas que se les daba para conseguirlo; ellos llamaron desde un principio la atención, por su originalidad, aunque por algún tiempo no merecieron sino la crítica irreflexiva de muchos, que más tarde se vieron obligados a cantar la palinodia.

Dictaba sus reglas en verso, fundándose para ello en que los niños, lo que estudian en tal condición, ya sea en versos asonantes o consonantes, no lo olvidan jamás y en que, tratándose de enumeración de especies de palabras y otras distintas categorías, debiendo para ello forzar la memoria, difícilmente, omitían una sola de ellas cuando eran interrogadas.

Así, por ejemplo, a un niño a quien se le preguntaba, cuales eran las palabras que componían la Lengua Castellana, contestaba en verso y con la mayor seguridad:

« Las palabras que componen
» La Lengua Española, son:
» La preposición, el nombre,
» El artículo, el pronombre,
» Verbo, participio, adverbio,
» Conjunción e interjeción ».

Y resultaba, que había dicho *todas*, pues no hay más, mientras que, enumerándolas en prosa de seguro, le habría costado mucho obtener igual resultado.

Lo mismo ocurría al niño, a quien se preguntaba, cuántas eran las preposiciones propias.

Este contestaba, con igual seguridad.

« Las preposiciones son:

» Sobre, contra, tras, de, so
» Entre, a, para, en, sin, con, ante
» Según, desde, hacia, hasta, por ».

Y por último, si la pregunta se refería a los artículos, contestaba con el mismo aplomo:

« Los artículos, son:
» El, la, lo, los, las, del, al,
» Del es *de él*, al *á él* ».

Y así en general.

Sus versos sobre espiritualidad del alma, descripción del cuerpo humano y otros, son admirables por el sistema ingenioso empleado para hacerse comprender de los niños.

« Ente o ser es lo que existe
» Lo material o lo extenso,
» Es lo que con propiedad,
» Deberá llamarse cuerpo.

—

» Se llama espíritu, aquello
» Que vive y no tiene cuerpo,
» Como lo es, aquel gran sér,
» Que ha creado al Universo.
» Como atalaya que eleva
» Sus miradas hacia el cielo » etc., etc.

## II

### Sus discípulos predilectos

Poseía varios idiomas, además del Castellano, como el Griego, Guaraní, Inglés, Francés e Italiano, y era fuerte en Geografía e Historia Universal.

Fueron sus discípulos predilectos: José María Cordero, Adolfo Alsina, Manuel Haedo, Alejandro Magariños Cervantes, Mariano Ferreira y otros jóvenes, que tuvieron lucida figuración durante sus estudios y más tarde, en el ejercicio de sus respectivas profesiones y en el desempeño de altos puestos de la Administración pública, de la Argentina y del país.

Desentendiéndose muchos, del valor de los trabajos didácticos de Bonifaz, algunos pretendieron durante su vida y aún después de su muerte, ridiculizarle apropósito de aquella conocida anécdota con la sirvienta de cierta casa, al darle su nombre para que le anunciase; pero con ello no hicieron otra cosa, que denunciar una excentricidad como cualquiera otra, que en nada amenguaba el valer del eminente educacionista de aquella remota época.

Descendía de una familia distinguida de España y por su cultura e ilustración, había adquirido una posición honrosa en la sociedad matritense, hasta que el Marqués de San Carlos, personaje espectable, le nombró su Secretario privado.

Grande consideración y estima mereció a este personaje, a cuyo lado se mantuvo por varios años hasta que, razones de conveniencia le indujeron a emprender viaje al Río de la Plata, fijando su residencia en Montevideo, para poco después fundar el Colegio Oriental en la calle de Cámaras, en el mismo sitio que hoy ocupa el edificio designado con los números 1520 y 1522 (1).

## III

### Recomendación fracasada

Apropósito del Duque o Marqués de San Carlos, viene a mi memoria cierta anécdota del distinguido e ilustrado compatriota, Doc-

(1) En el segundo cuerpo del Cementerio Central, a la izquierda, del costado Sud, se eleva un monumento erigido en justo y merecido homenaje al digno educacionista que tantos títulos tenía, en agradecimiento y aprecio de nuestra sociedad.

tor Alejandro Magariños Cervantes, con su viaje a Europa, y apenas instalado en Madrid.

Como lo dejo consignado en la sección anterior de este capítulo, entre los discípulos predilectos del profesor Bonifaz, figuraba aquel compatriota, a quien su maestro le dió una carta de presentación para el expresado Marqués, de quien Magariños desde ese momento, esperó honra y favor en la capital de España.

Pensó en que, bien podría necesitar de la influencia y protección, sobre todo, no habiendo sido su viaje muy holgado y no habiendo razón para que fuese más holgada su estadía en Madrid.

Nadie sabía mejor que él, los *medios* de resistencia con que contaba para hacer frente a la situación que se había creado con su viaje, y nada tenía de extraño, que el joven viajero resultase preocupado y se mostrase previsor.

A su vez Bonifaz, soñaba con la excelente recepción, que el Marqués iba a acordar a su recomendado y gozaba desde ya con sólo pensarlo.

Confiaba para ello en las condiciones personales de éste, que ya se impondría,

luego que cambiase cuatro palabras con el Marqués, y desde que el joven salió de Montevideo, hasta que tuvo noticias de su feliz arribo, no le preocupó otra cosa, como he dicho, que la recepción de su discípulo Alejandro, como él le llamaba.

Entretanto, llegado éste a Madrid e instalado modestamente en la calle de Sevilla, una buena tarde, se vistió con la ropa de *cristianar* como suele decirse y que a la verdad no eran abundantes, ni muy lucidas.

Sin embargo, después de mirarse al espejo y pagado un tanto de su apostura gallarda; le pareció verse con la actitud de un *dandy* y con esto creció su confianza en el éxito de su empresa acerca del Marqués.

Tomó después su sombrero de copa y su bastón de puño de marfil y montando en un carricoche de alquiler, se dirigió al palacio del Duque de San Carlos, halagado por convicción tan brillante y seductora.

Llegado al palacio y recibido muy cortésmente por un *gentil hombre* de traje casi palaciego, calzón corto, media blanca, zapatos con hebillas relumbrantes, chaleco, cuyas extremidades inferiores, le daba al individuo un poco más abajo de la femoral, corbata blanca y esponjosa; casacón de tela ada-

mascada como la del chaleco y para definitivo complemento, peluca blanca con moño goloso a la espalda y un lente de dos cristales colgado del puescuezo.

Para empezar pues, el ayudante, mayordomo o secretario, del Duque, cuando constituía por sí solo un monumento andante... ¿Qué sería el Duque?

Magariños, ante esta reflexión, tragó saliva por dos veces, pues no estaba hecho a ceremonias palaciegas y su temperamento, se resistía a ellas, pero en fin, para concluir cuanto antes, después de preguntar por el Marqués, presentó al esponjoso individuo que lo recibió, la carta de presentación de que era portador... y quedó a la espera.

Un momento después, regresó, diciéndole a Magariños, qúe el señor Duque se había enterado de la carta del ex-secretario y que le señalaba para recibirle, la audiencia de dos días después.

En el primer momento, iba a protestar, contra aquella formalidad del Duque o Marqués de San Carlos, pero... un resto de prudencia que le quedaba, le contuvo, pero con visible desagrado se retiró, hasta el siguiente día a las diez.

El secretario, siempre cumplido, le ofreció

asiento y desapareció por una gran portada del centro, que conducía a las antesalas del gran salón del Duque.

Pasaron diez minutos, y Magariños al fin de ellos, se levantó impaciente y empezó a pasearse por la sala de espera, concluyendo por tomar asiento de nuevo.

Al fin, el secretario apareció y con la amabilidad de costumbre, pero un tanto contrariado y mirando con inquietud a Magariños, de cuyo temperamento, había creído traducir algo, que no era para facilitar, en el caso excepcional en que el Duque le colocaba :

Algo contrariado, se despidió con una reverencia, que para ser la primera de este género, no dejó de dejarlo satisfecho y esperanzado, de que una segunda que hiciese le dejaría aún mejor parado que la primera.

Excuso decir, que el día designado por el Duque y a la hora precisa, se presentó de nuevo en el palacio.

Introducido por un guarda o ujier a presencia del secretario, éste le ofreció asiento y se dirigió al salón que ocupaba el Duque y en el cual, en ese momento, se reía y se discutía a grandes voces, al parecer, por varias personas.

Después de cinco minutos, apareció el secretario, y con suma fineza, anunció a Magariños, que el Duque, se había visto obligado a aplazar la entrevista para el siguiente día, a la misma hora.

—Señor mío,—le dijo—el señor Duque se encuentra indispuesto y no puede recibirle...—pero Magariños no le dejó continuar. Se incorporó con violencia; estrujó el sombrero entre sus manos y dando un paso hacia la puerta de salida con la mirada fija en el secretario, exclamó: dígale usted al Duque o Marqués de San Carlos, que ..... Y aquí Magariños con palabras gruesas y entonación criolla le indicó al Marqués una receta de viaje que desconcertó al expresado secretario, quien dió un paso hacia Magariños exclamando a su vez en tono conminatorio: ¡insolente!... pretendiendo... después... seguir a Magariños, que a grandes pasos trasponía los umbrales del salón y salía al vestíbulo de entrada.

—¡Lo dicho... dicho!—agregó el recomendado, en voz alta y con actitud tal, que el secretario, a pesar de su primer ímpetu, se contuvo, abandonando la agresiva actitud que había adoptado en el primer momento.

Apropósito, de esta anécdota, nunca pude

saber, si Magariños en su larga permanencia y actuación literaria en Madrid, llegó a conocer personalmente al tal Duque de San Carlos, y mucho menos, si este último se aprovechó de la *receta* de aquél para viajar por regiones ignotas.

# CAPÍTULO VII

## Un hombre bueno

**De cómo no siempre, puede juzgarse de los sentimientos de una persona por los rasgos característicos de su fisonomía.**

### I

### En lo de Fourcade.

Dije al principio del capítulo anterior que Arturito, había llegado a Montevideo, acompañado de sus padres y colocado de interno en el Colegio Oriental, regenteado, por el distinguido educacionista, Don Juan M. Bonifaz.

Para esto aquéllos habían adoptado como domicilio provisorio la casa particular de Don Juan Fourcade, de nacionalidad Vasco Francés y Maestro Constructor de casas.

Este señor, fué el que se encargó de construir en 1842, las que hoy llevan los números 1528 a 1548, en la calle Andes, y los números 852 a 874, en la de Paysandú, por cuenta y orden del señor padre del expresado Arturito.

Esas casas, eran de un sólo plano o piso en aquella época y todas ellas, años después, encontrándose vacías, habían sido interdictas por el Gobierno de la Defensa y repartidas entre Jefes y Oficiales de la guarnición de la Plaza sitiada, para que viviesen en ellas, con sus familias según le consta al lector.

Esta medida, hija de las necesidades de la defensa y tal vez del abuso erigido en ordenanza patriótica era de carácter general, pero no tanto, que comprendiese a todos los propietarios, sin distinción...

Pero... decía hace un momento, que los padres de Arturito, se habían alojado en la casa del señor Fourcade y además, en ella fué que depositaron sus muebles cuatro años antes, pues se embarcaron para el campo sitiador, en donde tenían la mayor parte de la familia, y no teniendo a quien dejar encargado de su cuidado, se valieron del señor Fourcade, dejando vacía la casa de la calle Paysandú.

Fué entonces, que el Gobierno se posesionó de esa casa, como se había posesionado de todas las demás, ocupando la primera el Coronel entonces, Don Venancio Flores y su familia, un Comandante Medina,

Jefe del Pasto (1), la casa contigua; Don Juan Nogués, legionario Francés, el almacén de la esquina; otro legionario, pero Italiano de nacionalidad, la casa número 1544 de la calle Andes, el cual se llamaba, Pedro Moreti, y por último, las tres restantes, hasta llegar a la divisoria sobre la misma calle y con el edificio, esquina Uruguay, que construyó hace veinte años, más o menos, los esposos Don Félix Buxareo y Doña Sofía Jackson, y donaron después a la Curia Eclesiástica, llegando a habitarla, nuestro digno e ilustrado, señor Arzobispo de Montevideo, Monseñor, Mariano Soler, hasta la fecha de su lamentado fallecimiento.

## II

### Un ofrecimiento aceptado

Habían pasado un par de semanas desde la instalación de Arturito y sus padres en lo del señor Fourcade, cuando una noche, se anunció en el zaguán de entrada una señora, acompañada de una joven; la primera dijo

(1) Así se llamaba el encargado de abastecer de este forraje, a los caballos de los escuadrones de línea.

ser, Doña María García de Flores y su sobrina, Doña Manuela Doldán, las cuales deseaban hablar con el señor G. y Señora.

Aquéllas fueron recibidas en el acto, y el objeto de la visita, era ofrecerles al señor y familia, la ocupación del cuerpo izquierdo de la casa que ellas habitaban pues no podían permitir que sus dueños, se viesen en la necesidad de pagar casa cuando la tenían propia, y bien grande por cierto, tanto que podían ambas familias vivir en ella holgadamente.

Esta proposición, fué muy agradecida por el señor G., pero se excusó de aceptarla por varios motivos. Sin embargo, ante la insistencia de la señora de Flores y su sobrina, aquéllos prometieron pensarlo y contestar en primera oportunidad.

Después de esto la conferencia terminó, retirándose las visitantes después de toda clase de cumplimientos, y concluyendo el el señor G., por acompañar a la señora y su sobrina, hasta la casa de la calle Paysandú, que se encontraba a la corta distancia de tres cuadras y media. . . . . .

. . . . . .

Pocos días pasaron de esta entrevista, cuando la señora de Flores, acompañada

de su esposo, se presentó de nuevo en lo de Fourcade, con el empeño de reiterar su proposición, esperando no ser desairados esta vez

Ante demostración tan atenta de parte del Coronel y Señora, y que era segura prenda de sinceridad, la proposición fué aceptada para días después.

La señora de Flores se apresuró a decir, que el señor G. y familia, podían mudarse desde luego, porque, no habiendo ellos ocupado el departamento de la izquierda que les ofrecía, aquél se encontraba en condiciones de ser ocupado de inmediato.

Después de esta explicación el Coronel y su señora se despidieron y pasados dos días, tuvo lugar la mudanza y la reunión de estas dos familias, que se verificó por años, aunque pocos, en la mejor paz y armonía.

## III

### Dos familias en una

La familia del Coronel Flores se componía: de su esposa, señora María García, la madre de ésta, Doña Teresa García y de sus hijos Agapita, de unos diez y seis años, Ve-

nancio, de diez y Fortunato de ocho; sus sobrinas, Manuela y Juanita Doldán, y la servidumbre, de un moreno, su mujer, y por último, una chinita de catorce a quince años, sirvienta particular de su suegra la señora Doña Teresa.

Así como el señor G. y Señora, no tardaron en estrechar amistad con el Coronel, su señora y las jóvenes Agapita, Manuela y Juanita, Arturito a su vez se entendió con Venancio y Fortunato y con especialidad, con el primero de estos últimos.

Tan pronto almorzaban estos indistintamente, en la mesa de Arturito, como éste lo hacía en la de aquéllos y de esta frecuente comunidad de hábitos, resultaba una intimidad de vida tal, que cualquiera creería que en aquella casa, no vivía, si no una sola familia.

El Coronel, carecía de residencia permanente y regular al lado de la familia, pues constantemente desempeñaba comisiones delicadas a la Fortaleza del Cerro y sus inmediaciones, en las que empleaba uno y dos días con sus noches.

A pesar de su duro ceño, no dejaba de ser amable y hasta podía dar y daba a cada paso, pruebas de sus buenos sentimientos,

de que muchos han dudado, durante la más larga y accidental actuación de este militar, al analizar sus actos, principalmente en los años posteriores a la guerra grande, hasta su muerte.

Y tan es así, que estos recuerdos y esta afirmación de mi parte, trae a mi memoria un hecho muy significativo, que aunque muy niño, después, con el andar de los años, me dió la más elevada opinión de los sentimientos altruístas y generosos de aquel hombre bueno y sacrificado sin embargo, al rencor y torpeza de un grupo de conjurados, el 20 de Febrero, de 1868.

La señora Doña Teresa, suegra del Coronel, se distinguía por su carácter, que llamaré severo, del cual podía formarse opinión, por su actitud diaria, ya con sus sobrinos y su propia hija, Doña María, como con los sirvientes de la casa en general y especialmente con Josefina, su sirvienta particular, de la cual, creo haber hecho mención anteriormente y que por la reincidencia frecuente en las faltas que cometía daba lugar a correcciones no menos frecuentes que le aplicaba su patrona y en defecto de ella su padre.

Esta señora, tenía costumbre de madrugar

todos los días y salir para misa, acompañada de Josefina, quien la seguía con una alfombra de metro y medio cuadrado, y que usaban todas aquellas que tenían algo que perder en sus vestidos.

El piso de la Matriz era de mármol y el de la mayoría de los demás templos de baldosas; no había alfombras bastantes para cubrir la totalidad de aquéllos y además, no existían más bancos o escaños que los colocados al pie de cada columna o pilastras, que separaban las naves y servían de apoyo a las arquerías del templo.

La sirvienta pues, se adelantaba a la señora al entrar en él, con el objeto de extender la alfombra allí, donde ella le indicaba, con la dirección de sus ojos.

Después, la señora avanzaba y se hincaba y la sirvienta, aprovechaba un ángulo de la alfombra, para hincarse también.

Esto era de práctica hacer por todas las familias y en todos los templos, respondiendo a las necesidades, de que he hecho mención.

# IV

## Confinada entre rejas

Cierta mañana, Doña Teresa, salió de casa media hora más temprano que de costumbre, pues a las cinco y media, de un día del mes de Junio, iba ya en camino para la Iglesia Matriz. A esta cirscunstancia, se agregaba la de que, también contra su costumbre, iba sola y a paso acelerado.

De manera, que el madrugón de una parte y de la otra, el paso precipitado que la señora llevaba esa mañana, no dejaba de ofrecer cierta curiosidad a los que conocían sus hábitos y la regularidad con que los observaba.

Al fin, eran ya las seis, cuando la señora salió del templo para regresar a su casa, que encontrándose a bastante distancia, recién entró en ella, un cuarto de hora después, precisamente, en los momentos en que algo extraordinario pasaba, pues no había una sola persona de la familia, que no hubiese abandonado el lecho a aquella hora temprana, corriendo en desorden de una pieza a la otra.

. . . . . .

En aquella mañana de Otoño, algo fresca y con la que, recién se iniciaban los días fríos, el padre de Arturito, que era tan madrugador, o más que el Coronel Flores, al menos en vida de familia, se dirigió al fondo del jardín, cuando a la mitad de su entrada, creyó sentir un quejido o lamento al trasponer el último escalón del zaguán. Detúvose entonces y, a pesar de la poca luz, pudo ver a Josefina embretada entre la reja de hierro y la ventana, que permanecía cerrada herméticamente por dentro, y estrechando el escuálido cuerpecito de la muchacha, pegado el rostro y las manos adheridas a los barrotes de hierro del enrejado. Le dirigió la palabra, y la pobrecita no contestó; sus ojos cerrados, su respiración casi imperceptible, aterida de frío, y sus sordos y débiles quejidos conmovieron profundamente al señor G., que inmediatamente se dirigió a la habitación del Coronel, que se encontraba ya abierta y él en mangas de camisa. Las palabras que se cambiaron fueron breves, e inmediatamente uno y otro se dirigieron al jardín, en donde se encontraba la pobre muchacha casi agonizante.

La sorpresa primero, la indignación después y una explosión de sentimiento y lásti-

ma ante aquel cuadro, vino a determinar una resolución extrema en el Coronel, en medio de las duras frases que pronunció. En seguida, regresando a su cuarto y penetrando en aquel, que servía de costurero a la pardita, recorrió con estrépito los pasadores de la ventana y tomándola en sus brazos, salió al patio como un loco, hizo traer paja y leña de la pieza del fondo del jardín y recomendó a gentes que se avivase el fuego y se calentase agua para auxiliar a la pobre muchacha.

Era imposible, mostrar más interés, empeño y sensible lástima en una persona, que la que sintió el Coronel, en aquella emergencia, no descansando hasta que salvó con sus cuidados, la vida que parecía escapar del cuerpo helado de la pobre víctima.

Era la piedad, la virtud más sublime; la manifestación más grande del corazón humano, la que impulsaba a aquel hombre bueno, a la realización de un acto tan humanitario.

Excuso decir, que el Coronel, si tuvo palabras cariñosas y hechos de verdadera humanidad en esta ocasión, tuvo también palabras duras para calificar la pena, que por vía de corrección se le había impuesto a Josefina, por error y ofuscación de su padre.

Desde entonces, el de Arturito y éste mismo, ya hombre y con estos recuerdos, siempre conservó un grato respeto por aquel militar de aspecto duro y bruscas maneras por lo general, pero de sentimientos generosos y altruístas.

Josefina había sido sometida a una penitencia, que el enojo de su patrona por la reincidencia en una falta grave, indujo indirectamente al padre de la muchacha, también al servicio de la casa, como creo haberlo dicho ya, a imponerle ese castigo que no lo permitió calcular su importancia y que lejos de satisfácer la severidad de su patrona, no mereció sino su más completa reprobación y de todos los demás de la casa.

. . . . . .

Cuando después de una ausencia prolongada, el ya General Flores, se presentó frente a Paysandú y a Montevideo en 1865, apropósito de los acontecimientos que dieron lugar al sitio de estas ciudades, aquél tuvo ocasión acompañado de su hijo Fortunato y de Don Cándido Bustamante, de visitar a los padres de Arturito que a la sazón veraneaban en su conocida quinta del Buceo, recordando entre otras cosas, el episodio que sirve de tema principal a este capítulo.

# CAPÍTULO VIII

## Ambiente de la época

**A falta de mejor programa, cuadros y distracciones propias de la situación.**

### I

### La Quinta de las Albahacas

¿Quién hay, que no conozca, aunque no sea si no de nombre, la llamada «Quinta de las Albahacas», cuyo origen, resulta mucho más remoto, que el del Sitio Grande?

Buenos ratos proporcionó a la población de Montevideo, desde su fundación y muy especialmente, durante el asedio, ya por la escasez que había de sitios aparentes para dar expansión a los ánimos contristados por los azares y desagradables sucesos de la guerra, como por otras causas originarias de los hábitos y costumbres de aquella sociedad embrionaria.

Esta quinta, situada a inmediaciones de las calles Ejido, Cerro Largo y Miguelete, era teatro, durante las tardes y primeras

horas de la noche, con especialidad en verano y otoño, de muchas personas, que con más o menos frecuencia concurrían con sus familias, unas a comer o cenar, otras a refrescar, o tratando de quedar bien con la casa, hacían el pequeño gasto de un chocolate, de un té o de un café.

En aquella época, no tenía Montevideo, los Bares, que hoy abundan en sus parques, playas y calles, en donde, sin duda se hace hoy más gasto y *mal gasto también*, del que se hacía entonces.

Allí concurrían, Don Juan José Aguiar, Don Santiago Sayago y familia, el General San Vicente, Don Manuel Flores, hermano del General de este nombre, Don Juan Barbosa, Don Juan Gard y familia, Don Salvador Ximénez, Don Adolfo Cabrejo, Don Francisco Estévez, Don Federico Deville y familia y otros muchos que sería largo de enumerar.

Entre los variados cuadros que formaban las familias acomodadas, es de advertir, que los que no se encontraban en esta situación ventajosa, no se privaban por eso de apechugar a empresas de igual o mayor calibre.

En efecto, no era lo mismo encargar una cena con manjares y vinos elegidos, que

una cena modesta, compuesta de dos platos pelados y un postre de guayaba en cajas de madera y vino seco o carlón. Sin embargo, ya he dicho, que se repetían casos de arranques generosos, en que las situaciones se equiparaban y en que, no había más distinción en el comer y en el beber, que un buen apetito y el resistir los vapores y efectos de los vinos generosos.

Se tocaban Walses, Cuadrillas y Gabotas con arpa, violín y flauta y si en la línea de fuego se cambiaban balas entre hermanos, en la «Quinta de las Albahacas», se cenaba al aire libre, sin otra interrupción, en ciertas horas, que el lejano y vedado estampido del cañón, proveniente de los reductos o fortines inmediatos de la línea exterior de defensa.

Estas prácticas, me refiero a las cenas y comidas, que como he dicho, traían su origen de tiempos remotos, nunca se acentuaron más, que desde que se inició la guerra y poco a poco, vino a constituir una verdadera necesidad.

La artillería de aquella época, no constituía felizmente un peligro inminente para los que concurrían a las cenas y comidas del «Jardín de las Albahacas», porque, como

es sabido, eran cargados con tacos de estopa y no ofrecían mayor resistencia, al despedir el proyectil con el impulso formidable que hoy les imprime el nuevo sistema de bala forzada.

Las cenas de la « Quinta de las Albahacas », solían prolongarse hasta las diez de la noche, que en ese entonces, resultaba una hora avanzada.

Hoy día, sería apenas aceptable para empezar las cenas, como ocurre, apropósito de dar principio a los espectáculos de la Compañía Dramática Ghilena, que en el año presente de 1922, inauguró aquéllos, empezando a las diez pasadas de la noche.

A este paso, como en la Isla de San Balandrán, pronto darán principio éstos, y las cenas, dadas ya las doce de la noche.

## II

### El Teatro, el Gabinete Óptico y los Candombes

Con los goces que ofrecía la « Quinta de las Albahacas », alternaban los espectáculos de San Felipe, único con que contaba Montevideo, en aquella fecha, y creo, que

único en todo el país. Allí se exhibía el célebre bajo Vacani, y que como he tenido ocasión de decirlo, en el primer tomo del «Carnet de un filósofo», paseábase por la calle del 25 en traje ligero, de medias blancas y zapatillas con hebillas de acero y moñas negras.

En él se exhibía también, la Piacentini, conjunta persona del señor Don Carlos Salvañach; Doña Angelita Tani, esposa del súbdito brasilero, señor Cunha, que fué gerente muchos años después, del Banco Maúa, la Pretti, Mr. Robert y Carlos Winter, con sus compañías acrobáticas, seguidos después por Herr Alexander, prestidigitador alemán, casi de igual fuerza que Hermann, quien nos visitó diez años después.

Del mismo modo, constituían el cuadro de agradables pasatiempos, los títeres, la cancha de Casanava, sita en la calle Rincón, entre Cerro y Juncal; la del vasco Valentín, en la de Cerro, entre 25 y Cerrito; el «Gabinete Óptico» de la calle de Zabala; las tertulias en casas particulares; las retretas y por último, «los candombes», en que los morenos y morenas Africanas y sus hijos, bailaban y cantaban al son de tamboriles allá en el «Recinto», local ubicado al Sud

de la Ciudad Vieja, después de la calle Yerbal y a orillas del río.

A la Cancha de Valentín, recuerdo que concurrían los Domingos, aficionados, como Don José Zubillaga, hijo del ciudadano de igual nombre que en cierta época fué Ministro de Estado en el departamento de Gobierno; el Doctor Marcelino Mezquita, catedrático de derecho en la Universidad de la República, los Abogados argentinos señores Eguía y Miguel Cane, emigrados de Buenos Aires durante la dominación de Rosas, y un joven Zaballa que jugaba admirablemente a las *cortas*, como Don José Zubillaga a las *largas* (1).

Los candombes no carecían de interés, pues allí se veían como actores a la mayoría de los morenos viejos de ambos sexos y a negritas criollas, y como espectadores, a los

(1) Los partidos a la pelota que son, generalmente organizados entre cuatro personas dos a dos, cada grupo se encarga de cometer a uno de los dos que los forma a jugar a las cortas que resulta difícil por la gran agilidad que hay que desplegar para defenderse y prevenirse contra la más o menos agilidad del contrario; y en cuanto a las largas que obliga a restar la pelota a grande distancia, se hace la elección de aquel jugador que tiene *más brazo*, es decir más fuerza para expulsar aquella.

paseantes domingueros en general, y a muchas personas, distinguidas de la sociedad Montevideana, entonces. Estos saludaban y aplaudían a los Reyes Congos, que se exhibían, luciendo ricos trajes alquilados o prestados, tanto de Rey como de Reina, apareciendo en tal carácter, el moreno, tío Joaquín, de la casa de Luna, o la morena tía Pemba, de la casa de Don Julián Robledo que llegué a conocer y vivía en la calle hoy de 33 en el sitio mismo que ocupa al presente la casa número 1320 a 1337, propiedad de Don Francisco Piria. El canto monótono, como el acompañamiento y la misma danza, formaba una combinación original, verdaderas disonancias, a que era preciso habituar el oído.

Eculé... culé, lín... culé.

Machubá... colobá minué.

Bigulé, bigulé...

Y con estas y otras parecidas cantinelas, se pasaban las horas en el «Recinto», sin otro aliciente, que la propia extravagancia de los detalles simples desiguales de estas fiestas originarias, del Congo y del Senegal.

Pobres distracciones por cierto, para combatir, la tristeza profunda de aquellos días de lucha fraticida entre hermanos, para después de agotados tantos errores e iniquida-

des como las que se cometieron durante casi nueve años de guerra y destrucción, concluir con que, no había habido durante ella, «ni vencidos, ni vencedores».

# CAPÍTULO IX

## A Través del Río

**Cómo se puede ser misionero de la dicha o de la muerte.**

### I

### El cortejo

En una de las noches de los días de Otoño de 184... y casi a la una p. m., repechaba la calle de Treinta y Tres en dirección al Sud, un grupo silencioso de personas de aspecto distinguido, al parecer, precedido de un ataúd, que conducían a pulso cuatro de esas mismas personas.

A este grupo seguía otro diez veces mayor, compuesto de individuos de distinto y variado talante, que a diferencia de los primeros, hablaban, aunque en voz baja y con cierto recato y misterio.

Al llegar a la boca-calle de Sarandí, ambos grupos doblaron a la izquierda, para concluír por detenerse al frente de la puerta lateral de la entonces Iglesia Matriz, hoy la Catedral.

El sereno de la manzana y los de las inmediatas (1), que sin duda habían sido llamados por lo extraordinario del caso, apostados a uno y otro lado de la expresada puerta, contuvieron la avalancha del grupo mayor, que pretendía seguir al que conducía el ataúd, trepando para ello los primeros escalones, de entrada al templo sin otro móvil que la curiosidad.

El hecho es, y esto es lo esencial, que a la Iglesia, sólo entró el grupo menor, quedando el otro afuera y obstruyendo el libre tránsito de la calle, a la hora que ocurría lo que acabo de relatar.

Momentos después, cerróse la puerta del templo y entonces la concurrencia, fué perdiendo la actitud de estabilidad indefinida en aquel sitio.

En efecto, empezó a alejarse en las direcciones del Este y Oeste, probablemente en busca cada individuo de sus respectivos alojamientos y en retirada definitiva de aquel día, pues era pasada ya la media noche y

---

(1) Guardianes nocturnos de la ciudad y que además cantaban las horas, desde las diez en adelante.

Hace algunos años, que se suprimieron, sustituyéndolos a medias, por Guardias Civiles, que hoy brillan por su ausencia.

en aquella época honesta, los hombres de labor, y los que no lo eran, trabajaban más y trasnochaban menos.

## II

### El influjo de un joven en acción

Cuando esto ocurría, Arturito tenía casi once años, pero, fácilmente se comprenderá, que su programa, fuera de las tareas de colegio, no tenían mayor importancia, que la que podría atribuirse a un adolescente.

Los elementos de aquella época, para lucirse un imberbe, resultaban muy limitados, pues ni se conocía, el football, ni las academias de ejercicios físicos, ni de ninguna otra clase, estando todo reducido al juego de bolitas de piedra, mármol o vidrio; al valero, la pelota, el trompo y los soldados de plomo y hasta por indicación de las madres y abuelos, venían los chicuelos a merecer la distinción de ayudar a misa, hacer el papel de monaguillos, llevar los ciriales e incensarios en las fiestas y procesiones y merecer la confianza, de los Sacristanes, Vicente Turqui, José Guerrero y su Jefe Superior, Don B. Esparraguirre.

Nicanor San Vicente, Manuel Luque, Manuel Freire, Francisco E. Martínez y el joven Arturito, con otros contemporáneos de aquella época feliz, los más considerados y preferidos, todos a una, hacían por no desmerecer de los favores y prerrogativas, que aquéllos les concedían a cambio de sus modestos servicios, para el arreglo de los altares, en víspera de las grandes y pequeñas festividades.

La verdad es, que si el tiempo empleado en estas inocentes ocupaciones, no ofrecían a los chicos de aquel tiempo, glorias y trofeos de que hacer títulos y gala, al menos los preservaban del contacto contaminoso de los muchachos viciosos y mal entretenidos que hoy pululan por nuestras plazas y calles, privadas de la debida vigilancia policial; de aquellos que juegan en ellas al football, llevándose por delante a los transeuntes, amén de algún pelotazo por carambola o de uno que otro encontrón, y todo esto acompañado, de gritos, palabras obscenas y alaridos salvajes.

Arturito y con Arturito, varios niños como él, se encontraban en aquella condición con el señor Esparraguirre y los auxiliares Turqui y Guerrero, y esta circunstancia, como

he tenido ocasión de indicar anteriormente, les había familiarizado con la costumbre de concurrir al templo, los días de fiesta de mañana y muchas veces de tarde, y aún tratándose de días de trabajo, para ayudar a misa.

Por esto es, que tenían *vara alta*, con dichos empleados de servicio, introduciéndose en todas las vueltas y revueltas del presbiterio, sacristía, bautisterio, depósito y demás adyacencias de la iglesia sin mayor ceremonia, eran según suele decirse, «como de casa».

## III

### Llegarás a Obispo

Y, apropósito de esta actuación de niños, que conocía el maestro de Arturito, señor Bonifaz, viene a mi memoria un pronóstico que éste le hizo en cierta ocasión en que aquél parecía extasiado oyendo las explicaciones que se le acababan de hacer sobre el ceremonial y vestimenta propia de los Obispos y apropósito de un consejo, que auuqne muy bueno sin duda no resultó propicio para el niño: oye, Arturito, le dijo su

maestro encontrándose como se encontraban ambos en la iglesia ¿por qué no sigues la carrera eclesiástica, que es muy honrosa, como tú sabes y para la cual pareces predestinado?... y como observase la sorpresa, que tal consejo y pregunta le produjo al chico, agregó sonriente y con mirada de largo alcance, «te pronostico que llegarás a Obispo», y a usar insignias como las que tienes a la vista y para ello le iedicó a San Pedro que se encontraba en el altar mayor de la Matriz con motivo de la festividad del santo en ese año.

Arturito no pudo menos, que hacer una mueca de satisfacción, por lo que hacía al pronóstico, echando miradas investigadoras por todas las partes de su cuerpo y alrededores a su alcance; llevó lentamente a la cabeza, su mano derecha, buscando con esta primera medida, aquello, que no pudo encontrar: la mitra, como no encontró tampoco sobre su cuerpo, el traje talar, ni la cruz sobre su pecho, ni el anillo en su dedo, ni mucho menos, el báculo, el dosel y su asiento episcopal.

No le hizo feliz, lo de Obispo, a *secas* pero... no dejó por eso de acariciar la idea, allá en sus adentros, aunque dudó al fin,

que la suerte le favoreciera y, con sólo esta duda, parece que quedó casi curado de aquel rasgo de ridícula vanidad.

—¡Vamos, Arturito, le dijo, ya has pensado bastante!... pero, ¿qué diablos tienes, que no contestas a mi proposición?... habla pues... ¿qué dices!...

El pobre niño, tomado de sorpresa, no sabía qué decir, porque de una parte la proposición no le seducía y de la otra, la violencia que le produjo tener que responder con una negativa a su maestro a quien tanto respetaba; lo enmudeció.

Pero al fin, apremiado por aquél, contestó a la buena de Dios, y como extremo recurso:

—Lo que digo...

—Sí, sí, vamos a ver lo que dices...

—Que soy muy chico para Obispo...

—¿Qué eres muy chico?...

—Y no voy a alcanzar al altar, como me sucede cuando ayudo a misa al padre Mamerto y al padre Borrás... pasándose en seguida la mano derecha desde la cabeza a sus mejillas, acariciándolas con amor y mirando con insistencia a su maestro.

El profesor no pudo menos de reirse con la salida escrupulosa del presunto Obispo,

no dejando de hacerlo también el candidato, quien no había quedado descontento de la manera con que la casualidad, le sacó airoso del compromiso en que se había visto empeñado con su respetable maestro.

Treinta años más tarde, ya hombre Arturito, y casi octogenario el señor Bonifaz, más de una vez recordaron juntos este ligero episodio, que pertenecía tanto a uno como a otro en el curso de los años transcurridos.

Entretanto, Arturito siguió ayudando a misa al padre Mamerto, al padre Borrás, como más tarde a los padres Guateli y Chantre, pero desde 1851, esto es, desde que ingresó en la Universidad Mayor de la República, desertó casi por completo de la Iglesia, aunque contra su voluntad, y dos años después, nadie reconocería en él, al *Monaguillo* de Marras.

## IV

### En el depósito

Volvamos ahora, al tema principal de mi relación con los antecedentes que dejo consignados, respecto a la actuación de Arturito en sus relaciones con los empleados de la

Iglesia Matriz y con cierto acontecimiento de mayor importancia.

La noticia de la conducción de un ataúd a aquel templo, durante la noche anterior, apareció al siguiente día en los diarios de la mañana, con detalles, que causaron gran sensación.

Un señor Latorre, hombre de poco cuerpo, muy delgado, lampiño, casado con una hermana de Don Mariano Jampen, y padre, según tengo entendido, del finado Coronel Latorre, era el encargado de la distribución del diario, titulado «El Nacional».

En ese diario en que era suscritor el padre de Arturito, y en caracteres señalados, se confirmaba el suceso bastando esto para decidir al niño una vez enterado de lo que pasaba a dirigirse con premura a la Matriz. Cuando llegó se encontró con que, las puertas principales estaban cerradas lo que le indujo a ocurrir a la entrada lateral de la calle Sarandí.

Cuando pretendió entrar, el celador que se encontraba apostado en un ángulo de ella, se lo prohibió, como a otros curiosos, que pretendieron hacer lo mismo, pero la presencia accidental de Vicente Turqui, le valió la facilidad de introducirse en la Iglesia.

Grande fué su sorpresa cuando se le pre-

sentó a la vista, y bajo la bóveda, un elevado túmulo en que se había trabajado toda la noche.

Varios hombres, tendían telas negras en la nave principal, que prendían con puntas de París, en las grietas que dejaban a la vista las aristas de las lozas de mármol del piso. Otros, colocaban sillas en la misma nave a partir de la altura que ocupa el púlpito de la izquierda, que era el único que existía entonces, hasta enfrentar a los altares de Santa Catalina y de San Baltasar, a la derecha e izquierda, respectivamente.

Por último, los Sacristanes, Turqui y Guerrero y el Jefe principal de éstos, señor Esparraguirre, llevaban del depósito al túmulo los candeleros con velas de cera y moñas de crespón, que debían prenderse hora y media después, pues a las diez de esa mañana, debía tener lugar la misa de cuerpo presente, lo que en aquella época y hasta mucho después, era y fué permitido en los Templos Católicos.

Al ver Don Bernardo y su *adlátare* Guerrero, a Arturito, e invitarle a prestar su ayuda fué todo uno. El niño tenía entonces diez años y medio, muy buena voluntad, aparte de una curiosidad por saber lo que pasaba a su alrededor.

Así es que, se puso de inmediato a las órdenes de sus invitantes y, para empezar entró en el depósito, en donde a pesar de la poca luz que lo alumbraba, pudo distinguir perfectamente un ataúd forrado en coleta negra con filetes de cinta de hilera blanca, esto es, un cajón de pobre de solemnidad, descansando sobre un montón de bastidores, alfombras y ornamentos, que habitualmente estaban colocados sobre una gran mesa de nogal, en el centro de la vasta habitación.

Ante la sorpresa, que este cuadro le ofreció a Arturito, Don Bernardo le dijo:

—¿De qué te asustas, *farrapo*? (1).

—Yo no me asusto replicó, pero...

—De quien debes cuidarte tú, observó Don Bernardo, es de los vivos, pues son éstos los que hacen daño, los muertos sólo te exigen que les reces un padre nuestro y ruegues a Dios por ellos.

Arturito, no apartaba los ojos del ataúd, que he olvidado decir, que se encontraba descubierto y al alcance del jovenzuelo, apenas la frente, la nariz y el cabello negro del muerto.

---

(1) Así le llamaban por costumbre, extensiva a todos los jóvenes, que como Arturito, prestaban servicios voluntarios en las ceremonias diarias.

—¿Quién es, Don Bernardo?,—preguntó Arturito, con interés y sin dejar de mirar en la dirección de antes.

—¿Quiéres conocerlo?

—Yo no puedo... no alcanzo...

En efecto, el ataúd estaba colocado sobre aquel montón de objetos que he expresado antes y después, Arturito no tenía si no la estatura propia de su edad.

Don Bernardo, sin esperar otra cosa, suspendió de la cintura al niño curioso, y lo colocó a medio metro del muerto.

Aquel afirmó sus dos manos en el borde izquierdo del ataúd, echando el cuerpo hacia atrás, pero sin dejar de mirar, vió a un rostro pálido, con sus párpados inclinados, afeitado el bigote, y conservando las patillas enteras, pudiéndole ver una pequeña herida a la izquierda del esternón.

—¿Quién es, Don Bernardo?—insistió el chico con cierta emoción...

—El Redactor del «Comercio del Plata», que anoche, ha sido asesinado alevosamente,—contestó el interrogado.

—Ya lo sé... pero, ¿cómo se llama?—insistió el niño con empeño.

—Se llama, el Doctor D. Florencio Varela.

Por supuesto, que Arturito hizo desde

luego la resolución de no pisar el Colegio esa mañana, o en otros términos, se decidió a hacer la *rabona,* cosa que, sea dicho en verdad, no acostumbraba sino en casos extraordinarios, que pudieran servirle, de excusa y justificación.

## V

### El funeral

A las nueve y media se abrieron las puertas de la Iglesia, para dar entrada a un público numeroso, que acababa una hora antes de enterarse, como se enteró Arturito del fúnebre suceso y que, por la condición espectable de Varela, relación que aquél tenía con la política y comentarios que se hicieron desde que cundió la noticia, no podía menos de conmover profundamente a la Sociedad de Montevideo.

Cuando dieron las diez, el templo presentaba un aspecto silencioso e imponente; las sillas colocadas hora y media antes en la nave principal, estaban ocupadas en su totalidad, no tardando en llegar los cuatro hijos de Varela, Héctor, Mariano, Luis y Horacio, vestidos de rigurosa etiqueta, con un séquito

de personas distinguidas, Argentinos y Nacionales; Miembros del Gobierno y de la Administración; de la Judicatura; del Cuerpo Diplomático y de la prensa Nacional y Extranjera.

El funeral empezó de inmediato, y una vez terminado, los restos fueron conducidos al Cementerio, con un cortejo tan distinguido como el que ocupaba la nave central y el que después se asoció a éste, durante la marcha, guardando el recogimiento y silenciosa actitud, a que daba lugar el hecho incalificable que se había consumado, por el puñal de un asesino aleve y la iniciativa criminal y vergonzosa de los sindicados como sus instigadores si los hubo, como se afirmaba desde el primer momento.

En efecto, a la madrugada de la misma noche del asesinato, en las avanzadas del campo enemigo se hacían alusiones al acontecimiento de horas antes, en las calles de Montevideo.

## VI

### El asesino Cabrera

Según éste, y lo repitió porción de veces, durante su prisión, que fué bastante larga,

antes del día 20 de Marzo, en que consumó su plan, había estado dos veces de incógnito en esta ciudad, con el objeto de conocer a la víctima, pues de ella, sólo conocía su nombre. Además, necesitaba también conocer sus hábitos y costumbres, hora en que concurría a la imprenta del «Comercio del Plata», de cuya Redacción era Jefe, del mismo modo, que la hora en que se retiraba y entraba en su casa particular.

La travesía del río, la hacía el asesino, por el muelle de Laffone, en dirección al de Montevideo, situado al extremo de la calle de Misiones, o sea entre esta calle y la de Treinta y Tres, y en aquellos dos viajes, pudo ocuparse con resultados satisfactorios, de todo lo que podía interesar a su proyecto.

Estas y otras cosas, allá por 1854, y tantas, las supe yo por el mismo Cabrera, a quien conocí en la Cárcel Pública, que ocupaba en esa fecha, los alojamientos y patios de la parte baja del Cabildo.

Era entonces Alc lde, de ese establecimiento Carcelario, una persona de mi relación, que fué la que me facilitó todos los medios de conocer a Cabrera, de obtener su confianza y afición en muy breve tiempo.

Cabrera, era un hombre alto, delgado, de

rostro pálido, lampiño, sin dejar por ello de llevar bigote y pera, aunque muy ralos. Su cabello negro y ensortijado, caía sobre su frente y su nuca, hasta rodear el cuello de su chaqueta, y su sombrero en forma de cono truncado, le daba un aspecto singular.

Su expresión fría, mirar receloso y palidez cadavérica, hacían de él un individuo repulsivo, pero después de hablarle y oirle, cualquiera creería que se trataba de un santo varón.

Por vía de defensa afirmaba, que ninguna compensación se le acordó por el *servicio* prestado a la *federación,* pues se le hizo entender, que no se trataba de otra cosa, que de eliminar a un hombre, que con sólo su pluma, hacía males, sin cuento a la buena causa; que, la única concesión que se le hizo, fuera de siete onzas de oro, que se le dieron para las travesías a Montevideo y gastos menores, fué la de seguir ocupando un terreno del Paso del Molino y en el cual, hacía poco tiempo que había levantado un rancho de terrón para alojar a su familia, y por último, que eran muchas las lágrimas de arrepentimiento y de dolor que llevaba derramadas por este *maldito crimen*, (textual) que nunca habría consumado, por su sola deliberación.

Su proceso llevó una marcha lenta y concluyó por paralizarse definitivamente desde que fué recluído a prisión en 1853, si no estoy en un error. Para imprimir actividad a ese proceso, habría sido necesario proceder contra otras personas que indirectamente se suponían comprometidas o conniventes en el hecho, y como de algunos de éstos se necesitaba, desde 1854 a 1857, por los graves acontecimientos políticos que se desarrollaron en esa época, resultaba que no se podía, no se quería o no convenía proceder contra ellas.

Y así continuó este célebre proceso, dando lugar en el andar del tiempo, a que un buen día se le suprimiesen los grillos al prevenido, permitiéndole desempeñar ciertas funciones útiles en la cárcel, como las ejerció Carbajal, matador del joven Betancur, hasta que, le llegase en la cárcel, como le llegó, el momento solemne de dar cuenta a Dios de su paralizado crimen, pues en ella se produjo su deceso muy poco tiempo después.

# EPÍLOGO

## I

Desde la fecha del acontecimiento que sirve de tema a este último capítulo, todavía se prolongó el sitio de Montevideo, hasta el 8 de Octubre de 1851.

Felizmente, no fué esta última época la más cruenta, durante los casi nueve años que duró aquél, que inauguró el Jefe Sitiador, haciendo un título de *reclamación*, de aquello que había renunciado indeclinablemente cinco años antes.

Pero... el hecho fué, que aquel *simulacro* terminó y qué, el país después de los dolores y quebrantos, porque había pasado, se apresuró a entrar a todo trance, en la era constitucional, concurriendo a tal propósito, los hombres más espectables de uno y otro bando, aprovechando para ello el corto tiempo disponible de Octubre a Marzo.

Varias reuniones preparatorias tuvieron lugar durante aquel plazo angustioso, para cambiar ideas y hacer posible la constitución de las Cámaras y lo relativo a los otros poderes del Estado.

En esas reuniones, figuraban los distinguidos ciudadanos, Don Ramón Massini, Don Antonino Costa, Don Juan José Aguiar, Don Alejandro Chacarro, Don César Díaz, Don Eduardo Acevedo, Don José María y Don Enrique Muñoz, Don Manuel Errasquin, Don Francisco Solano de Antuña, Don José Ellauri, Don Juan Miguel Martínez, Don Jaime Estrázulas, Don Bernardo P. Berro, Don Andrés Lamas, Don Juan J. Giró.

Figuraban también el Coronel Don Gabriel Velazco, el General Don Lorenzo Batlle, hombre culto y de lealtad reconocida, como que, siempre figuró desde esa fecha hasta muchos años después, en todas las administraciones que se sucedieron, sin distinción de colores, desempeñando el alto cargo de Ministro en el Departamento de Guerra y Marina.

Militares, no menos distinguidos, que los ciudadanos que dejo consignados y otros muchos, no figuraron por causas distintas, como los Generales Bauzá y San Vicente por enfermedad y el General Pacheco y

Obes, cuya ausencia desde 1848, fué muy sentida, principalmente por el elemente civil, que tenía motivos sobrados para saber lo que valía aquel ciudadano por las condiciones de carácter e ilustración que le distinguían.

Terminadas estas reuniones empezaron por sonar las candidaturas de Don Juan Francisco Giró y Don César Díaz y después de varios días de propaganda partidista en favor de uno y otro, quedó definitivamente sindicada la candidatura del señor Giró, y llegado el 1.° de Marzo de 1852, resultó éste, proclamado por mayoría de votos.

## II

Después de la organización de su Ministerio, en el cual, dió pruebas de cordura y patriotismo, el señor Giró, designó hombres de opinión contraria a la suya como es notorio.

Duele decirlo pero, apenas se le dió tiempo para adoptar todas aquellas medidas más urgentes de organización, porque, el 18 de Julio, del año siguiente, el motín militar de esa fecha y el abandono que el gobernante hizo de su puesto dejó evidenciado, que los

promotores de aquel motín, no habían necesitado mucho tiempo para olvidar las calamidades y graves perjuicios, que había experimentado el país, durante nueve años de destrucción y ruina, y que, el gobernante en ciernes, en aquel conflicto, creyó cumplir con su misión, haciendo abandono de su puesto, no obstante el consejo prudente y hasta los ruegos de su Ministro en esa fecha, Doctor Don Manuel Herrera y Obes.

Ante tal actitud, fué designado un triunvirato, para ponerse al frente del Gobierno, compuesto aquél de los Generales, Rivera, Lavalleja y Flores.

El primero de éstos, por una razón y Lavalleja por otra, dejaron el campo libre a Flores, que vino a ser designado como Gobernador Provisorio.

Así es que, con el favor de los suyos y más tarde con la intervención de Oribe, en el cual tuvo que apoyarse, para hacer frente a aquellos que, a falta de adversarios a quienes hostilizar, hostilizaban al candidato, que poco tiempo antes, habían colocado en el poder.

Sabido es, que guardando consecuencia con semejante teoría, sus correligionarios, se pusieron de punta con el gobernante, que

no quiso ceder a las pretensiones, con que se le amenazaba, concluyendo por apoyarse en el elemento civil y militar que le rodeaba y hacer frente a la rebelión armada.

Por último, después de la elección del ciudadano, Don Bernardo P. Berro, para Presidente de la República (Marzo 1 del 860), el partido de la llanura, retó al país a una nueva contienda y el General Flores, invadió el país y después de merodear con mil quinientos hombres, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, se manifestó dispuesto a retirarse, con la condición de que podría hacerlo con sus grados y una suma proporcionada por vía de auxilio al cuerpo de Jefes y Oficiales y a la tropa en general.

El Gobierno, en su obcecación, se negó a estas razonables peticiones, y tal circunstancia, agregada a la quema de los tratados con el Brasil, en la Plaza Independencia, y otras indiscreciones, apropósito de la reclamación del Diplomático Saraiva, originó la invasión de un ejército Brasilero, a las órdenes del General Mena Barreto, y del bloqueo efectuado por el Almirante Tamandaré.

## III

El resultado definitivo es bien conocido, y desde entonces, el partido dominante, hasta 1903, y desde esa fecha a la presente, el círculo actual, se encuentra, en tranquila posesión de los destinos del país, ya por acción directa de su Jefe, ya por interpuestas personas, que él designa, y que los electores en mayoría, han confirmado siempre.

Y esta, es la lucida situación en que actualmente nos encontramos, después de los 71 años transcurridos.

De cualquier modo, hay que convenir, y ello constituye un título saneado, que aquel Jefe, es el que puso fin a las revueltas y el que, supo defender y salvar el principio de autoridad, que llegó a investir un día.

¡Lástima, que este ciudadano, con igual firmeza y decisión, en vez de actuar con su influencia en la época presente, no se hubiese adelantado a aquella (1853 a 1865), en que los motines y las revueltas, estaban a la orden del día, pues, con ello habría rendido más importantes servicios al país, que los que pueda creer haberle prestado, durante su larga actuación hasta el presente!

. . . . . .

. . . . . .

He terminado... y puedo asegurar, que en las referencias que he tenido que hacer a los hechos históricos, relacionados con los hombres y la política de otros tiempos, he procedido con la más absoluta imparcialidad y que, con todo ello, *ni quito ni pongo Rey*, por supuesto, sin la frase *aditiva* del francés aventurero, con que trató de disculpar su felonía, allá en el duelo sangriento y fratricida de Montiel.

FIN

# Algunos Juicios Críticos

# ALGUNOS JUICIOS CRITICOS

Del *Doctor Brignole.*

Acuso recibo—y quedo grato a su recuerdo—de su interesante opúsculo «¡Al Indostán y a la China!» que he leído con verdadera fruición, como todo lo que sale de su pluma. En esta nueva lectura he tenido la oportunidad de confirmar el juicio que me merecieron sus anteriores publicaciones.

Mucho me agradará el saber que se encuentra Vd. bien.

Repitiéndole las gracias por su atención, lo saluda con todo aprecio su afectuoso

***

Del señor *Raúl Montero Bustamante.*

Recién me es dado agradecerle el envío de las preciosas crónicas tradicionales del Licenciado Peralta, cuyas páginas, llenas de color, evocan con encantadora sencillez, cuadros, escenas y episodios sorprendidos en la

pintoresca sociabilidad de antaño o describen con singular espiritualidad y acerada sátira, personas, costumbres y acontecimientos de épocas más recientes.

Aprovecho esta oportunidad para felicitar al distinguido publicista por su fecunda y hermosa labor que consagra su personalidad literaria y la incorpora al grupo de tradicionalistas de que fué maestro en nuestro continente don Ricardo Palma.

Reiterándole mis cordiales agradecimientos me repito respetuosamente

*
* *

Del señor *Joaquín C. Marques.*

Me tomo la libertad de hacerlo intermediario para con el Licenciado Peralta, rogándole que le trasmita mi sincero aplauso por su libro «¡Al Indostán y a la China!» del cual ha tenido usted la amabilidad de ofrecerme un ejemplar y que, siendo obra de imaginación juvenil, nadie la supondría hija intelectual de aquel ameno y fecundo escritor, que peina canas hace ya rato, a no venir autenticada por usted.

Recién llegado de Buenos Aires, leí con interés la mencionada producción y admiré

el ingenio del autor, quien proponiéndose, sin duda, criticar muchas cosas de nuestra tierra que, más que críticas merecían severa reprobación, se las hace soñar a Xenofonte como ocurrentes en China, calumniando a esa nación, probablemente, porque por aquí tenemos cosas que no existen en parte alguna, ni en China!

Muchas gracias por su recuerdo.

***

Del señor *Rafael Sienra.*

Con su favorecida del 15 de Septiembre, recibí un aviso para retirar del correo un cartapacio recomendado, dirigido a mi nombre.

No dudando que se tratase de los libros, cuya amable remisión se sirve usted anunciarme, me apresuré a retirarlos en la seguridad de que, «Los Festines de Plutón», proporcionarán a mi espíritu una verdadera fiesta; como sus «Resonancias» me la proporcionaron (y de las que, en oportunidad acusé recibo); ya que, en su estilo sereno y en la siempre amena sencillez de sus narraciones su avezada pluma, al correr por el papel, en un estilo que nunca desmaya

ni empaña sus elegancias, refleja la vida... la vida *d'élite*, vivida por el cultivado espíritu que la guía.

Deseándole mucha felicidad, la misma que a todos los suyos, me repito,

*
* *

Del Iltmo. señor *Juan Francisco Aragone, Arzobispo de Montevideo.*

Agradecidísimo a la exquisita fineza del eminente Jurisconsulto Doctor Don Domingo González, felicítale con toda la efusión de su alma por las hermosas obras, fruto de su preclaro ingenio, que ha tenido la bondad de obsequiarle, las que ha leído con gran satisfacción, celebrando la amenidad de la forma, la agudeza del pensamiento y la profundidad de sus enseñanzas.

Con votos de nuevos éxitos literarios, queda a sus gratas órdenes.

12 de Mayo de 1922.

*
* *

De la señora *Alcira C. de Muñoz* y señorita *Alcira Muñoz.*

Las compañeras de viaje a bordo del «Amazona» en 1909, agradecen al señor

Domingo González, el recuerdo que les dedica y que ellas retribuyen haciendo memoria de los gratos momentos que les hizo pasar con sus amenas e interesantes charlas, deplorando no haberlo acompañado en su excursión «¡Al Indostán y a la China»!, que con tanta espiritualidad describe en el opúsculo de que con estas líneas le acusan recibo.

∴

Del *Doctor Alvarez Cortés.*

Al agradecer a usted el ejemplar de «¡Al Indostán y a la China!» que ha tenido la amabilidad de remitirme, quiero expresarle el buen rato que su lectura me ha proporcionado.

La fina crítica que hace usted al sistema de ir a buscar al extranjero leyes y costumbres que entre nosotros no tienen ambiente y el estilo ameno y travieso con que el libro está escrito, no dejan traslucir, para quien no esté al tanto de nuestros hombres y nuestras cosas, que tras el «Licenciado Peralta», se oculta un Jurisconsulto de larga y brillante actuación en el foro y la magistratura.

Deseando que continúe usted publicando nuevos libros con las existencias del bien provisto archivo que tiene sobre sus hombros, lo saluda afectuosamente

***

Del señor *Juan Antonio Zubillaga.*

Quedo muy agradecido al obsequio de sus obras, algunas de las cuales acabo de leer, esperando que podré hacer lo mismo pronto con el resto. Suman un alto exponente de energías y ofrecen rarísimo ejemplo de actividades. Sorprenden el fantaseo y la frescura de los recuerdos de esos libros de ahora escritos por un hombre de antes, y llegan como viajeros felices de países lejanos: llenos de novedades que tenemos que festejar los que no estuvimos en las remotas regiones.

«El Sueño Tártaro» de que usted me hablara, es efectivamente muy curioso y de su lectura se recoge la evidencia de la espontaneidad con que lo ha tejido la imaginación del filarmónico autor. Y tan fácilmente como en esa obra se ve que se recrea el espíritu del escritor en la peregrinación que al través del Océano realiza el personaje

reformador de «¡Al Indostán y a la China!», para venir con las suyas a parar a la patria de las más estupendas doctrinas y pragmáticas innovadoras. En esas regiones, puede hacer mucho bien, para el saneamiento atmosférico, aclimatar la causticidad que el autor dirige a los oídos de sus contemporáneos... antes de que sobrevenga el diluvio que anuncia con profética voz.

Todavía desde esas páginas del libro vuelve a dictar justicia el magistrado que supo distribuirla la mayor parte de su vida. Y esas verdades sentencian en última instancia con la moral del deber y el valor de decirlas.

Por ello — tanto como por la hazaña de escribir aún todo eso, que es triunfo de salud física y mental — acepte el «Licenciado Peralta», las mayores felicitaciones.

*
* *

Del *Doctor Horacio Vigil.*

Sus obras, a mi entender, pueden dividirse en dos grupos:

El primero lo denominaríamos histórico, a la vez que anecdótico, y va sin decir (según el vocabulario gali-parlista) que costum-

brista, predominando aquel primer carácter, sin género de duda.

En este grupo corresponde incluir a las «Resonancias del Pasado», al «Carnet de un Filósofo de Antaño», y a los «Bocetos y Brochazos».

En el segundo grupo pueden colocarse, «Los Festines de Plutón» y «Sueño Tártaro».

En estas últimas obras campea sin trabas la imaginación, pero su médula está constituída por la crítica suave, si bien profunda y exacta del «avancismo», «leninismo», «arrivismo» y «la falta de escrúpulos y frenos morales» que parecen ser la moneda corriente en el mundo, trayendo mustios, maltrechos y cariacontecidos (que dijera el inmortal Cervantes), a los hombres de su generación y a los de la mía, algo más reciente; lacras sociales aquéllas que, como usted lo dice, amenazan dar al traste con las seculares instituciones de la familia, la propiedad, y ¿por qué no decirlo?, con el derecho y las leyes tutelares que hasta poco ha nos han regido . . . . . .

. . . . . .

Saluda a usted.

***

Del *señor Alberto Reyes Thevenet.*

Dudaba ya sobre la inoportunidad de enviarle tan tardíamente las expresiones de mi agradecimiento por el obsequio de su último libro publicado, cuando cae bajo mis ojos una carta hasta ahora inédita de Rodó, en la que el glorioso maestro, en ocasión análoga a la mía, salió del apurado trance epistolar diciendo en su descargo, con su acostumbrado donaire y elegancia, que eran precisamente las cartas que con más interés se proponía escribir las que más tardaba en contestar, a la espera siempre de una tregua que le permitiera meditarlas con el reposo que quisiera.

Por desdicha para el gran escritor,—como para mí,—esa hora de serenidad le era fatalmente esquiva y por fuerza había que someterse al fin al imperio y al rigor del tiempo breve.

Pero esta tiranía del tiempo no ha llegado hasta impedirme realizar el viaje inesperado y sorprendente, del Indostán a la China, en alas de su fantasía. Quiero decir que conocí a Don Ruy Xenofonte, o mejor dicho: que lo desconocí, tan cambiado lo encontré en el físico popularizado en estampas y caricaturas.

En su ameno libro de ahora, como en los libros de Queiroz, bajo el manto suave de la fantasía se adivina la desnudez fuerte de la verdad. Y la verdad está ahí, firme y clara, en sus libros como en su vida.

Suyo affmo.

# ÍNDICE GENERAL

Pág.

PRÓLOGO del Doctor Luis Melián Lafinur..... ..... ... v

CAPÍTULO PRIMERO. — Los bandos partidistas. — En donde se cree dar una idea perfecta de los graves errores y faltas, con que aquellos caracterizaron sus primeros actos de recíproca hostilidad en la línea de fuego y fuera de ella. ..... ..... 1

I. La invasión..... 1

II. Haciendo balance de faltas graves. 4

CAPÍTUTO II. — «Phílades y Orestes». Que explica las buenas relaciones de dos jóvenes, a contar de los primeros años del siglo pasado..... 9

I. Detalles, que lo confirman..... 9

II. Cazando en campo ageno..... 14

III. Del General Rivera al General Rosas..... 16

CAPÍTULO III. — Llamado y Tropa. —

Pág.

Que da cuenta de la organización militar de la plaza sitiada y de otras cosas..... 21
I. Las trincheras..... 21
II. Las legiones extranjeras..... 23
III. Una carta de Garibaldi..... 26
IV. Alrededor de la legión Italiana. 29
V. La «Murra»..... 31
CAPÍTULO IV.—Otra vez los bandos. Por el cual, con el amago de un proceso, se consigue, lo que por el momento representa varios miles de pesos con un agregado de mil más, a guisa de epílogo, y por el cual al fin se ve, que los bandos partidistas, uno durante el Sitio Grande y el otro con éste después, nada tienen que enrostrarse.... 35
I. La conferencia..... 35
II. Un pasaporte salado..... 40
III. La partida..... 42
IV. En la orilla opuesta..... 44
V. El carro-mato..... 49
VI. La confiscación..... 50
CAPÍTULO V.—El tratado de paz.—Un paréntesis a los horrores de la guerra, frente a los muros de la «Nueva Troya», según el novelista Alejandro

Pág.

Dumas..... ..... 54
I. En camino..... 54
II. El campamento y el mirador de Oribe..... 56
III. La concurrencia..... 61
IV. La revista..... 64
V. La recepción..... ... 68
VI. Llegada de los pacificadores.... 71
VII. Fracaso..... 74
VIII. Al regresar..... 77
CAPÍTULO VI.—¡Dígale usted al Marqués! . ... Por el cual se hace una ligera reseña de cosas que pasaban en Montevideo y de otras en Madrid, con un viajero novel..... 79
I. La recomendación..... 79
II. Los discípulos predilectos..... 83
III. Recomendación fracasada..... 84
CAPÍTULO VII.—Un hombre bueno. – De cómo no siempre puede juzgarse de los sentimientos de una persona, por los rasgos característicos de su fisonomía. ..... 91
I. En lo de Fourcade..... 91
II. Un ofrecimiento aceptado..... 93
III. Dos familias en una..... 95
IV. Confinada entre rejas..... 99

Pág.

CAPÍTULO VIII. — Ambiente de la época. — A falta de mejor programa, cuadros y distracciones, propias de la situación..... 103
I. Quinta de las Albahacas.. ..... 103
II. El teatro, el gabinete óptico y los candombes..... 106
CAPÍTULO IX. — A través del río. — Cómo se puede ser emisario de la dicha o de la muerte..... 111
I. El cortejo..... 111
II. El influjo de un joven en acción. 113
III. Llegarás a Obispo..... 115
IV. En el depósito..... 118
V. El funeral..... 123
VI. El asesino Cabrera..... 124
Epílogo..... 128